



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SAL  
2931  
66.100

CAL. 2931.66.100

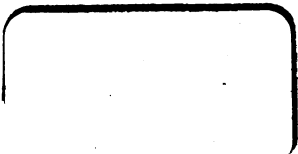


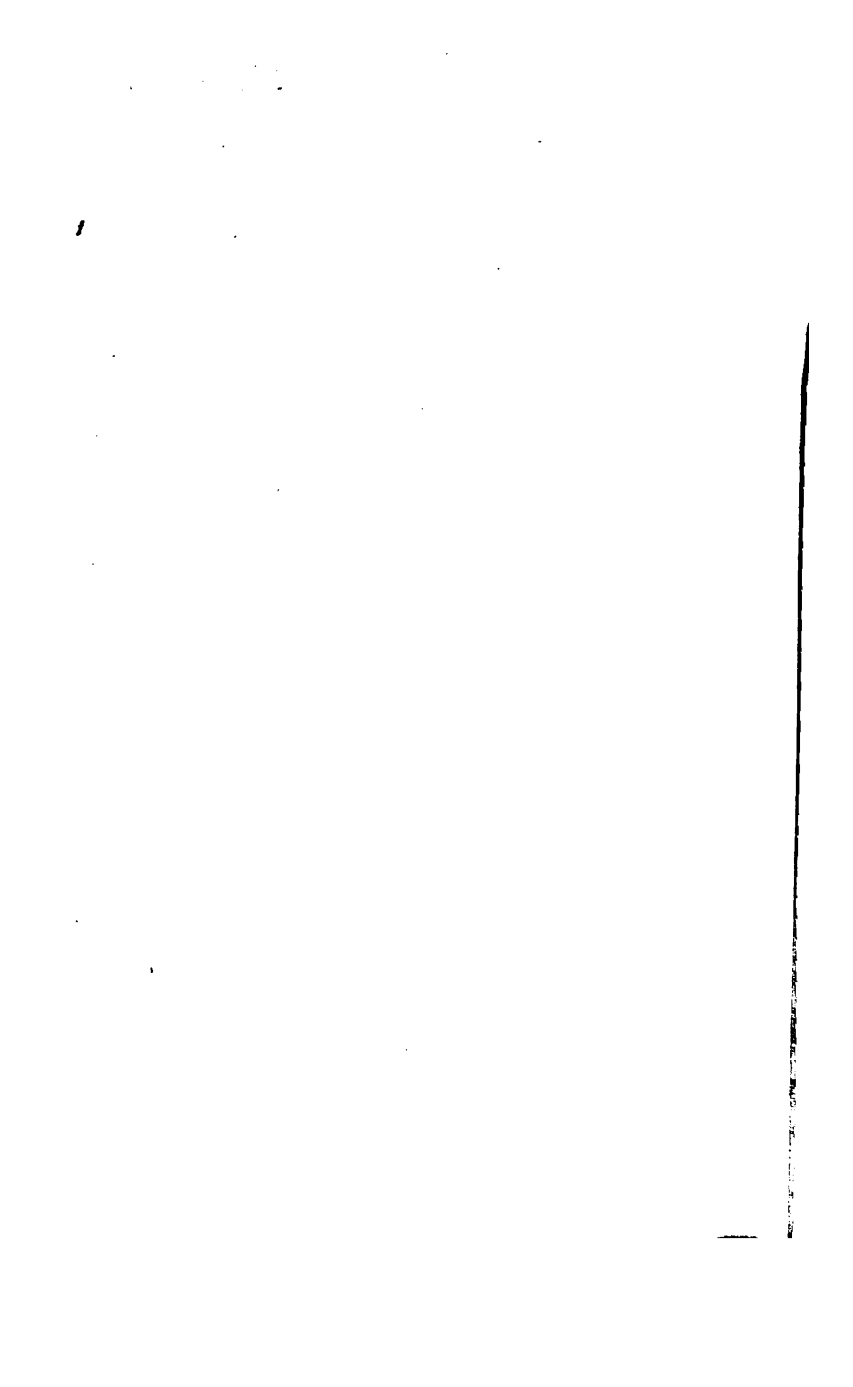
**Harvard College Library**

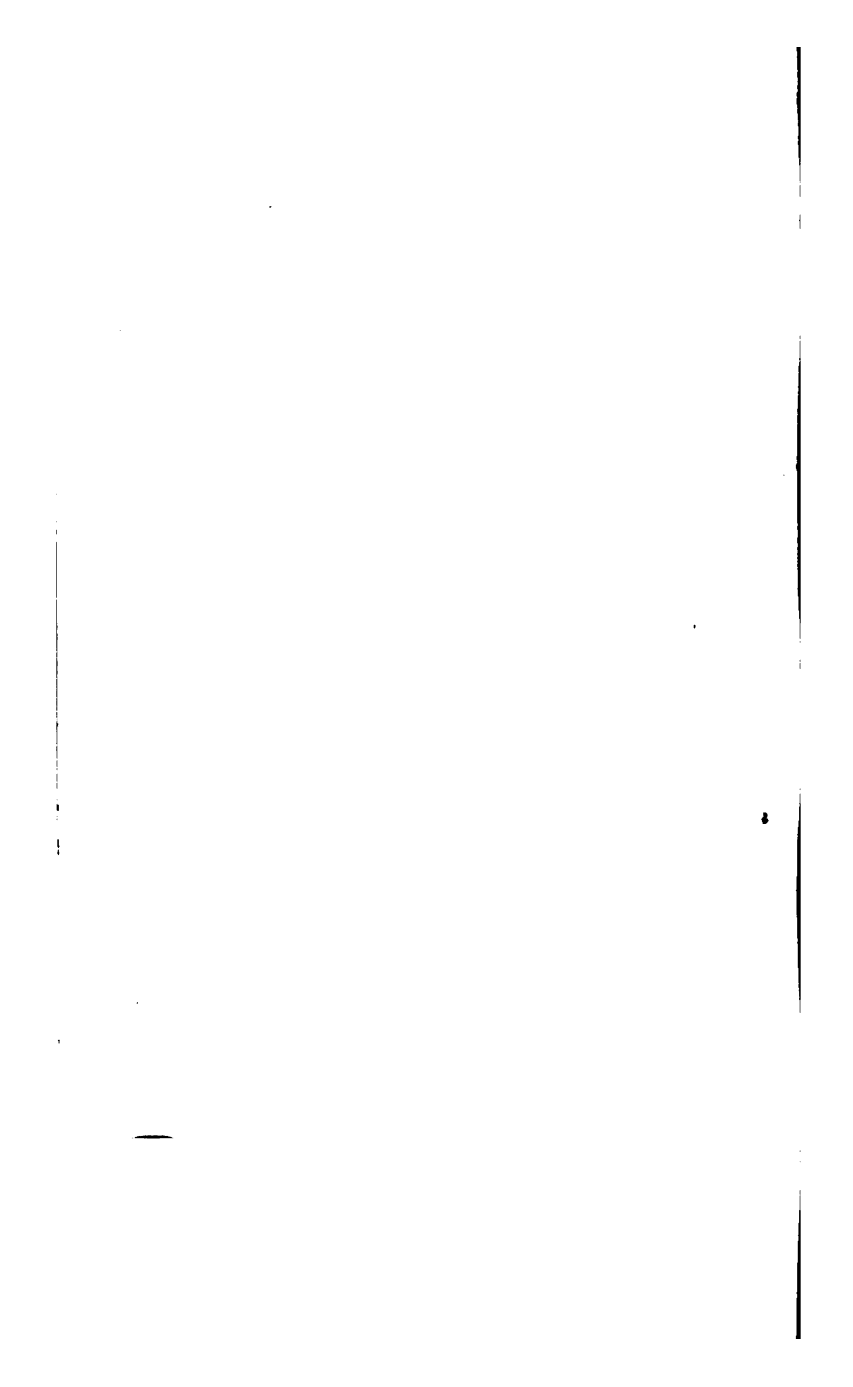
**BOUGHT FROM GIFTS**

**OF**

**FRIENDS OF THE LIBRARY**







361  
Federico Sáenz de Tejada

\*

\*

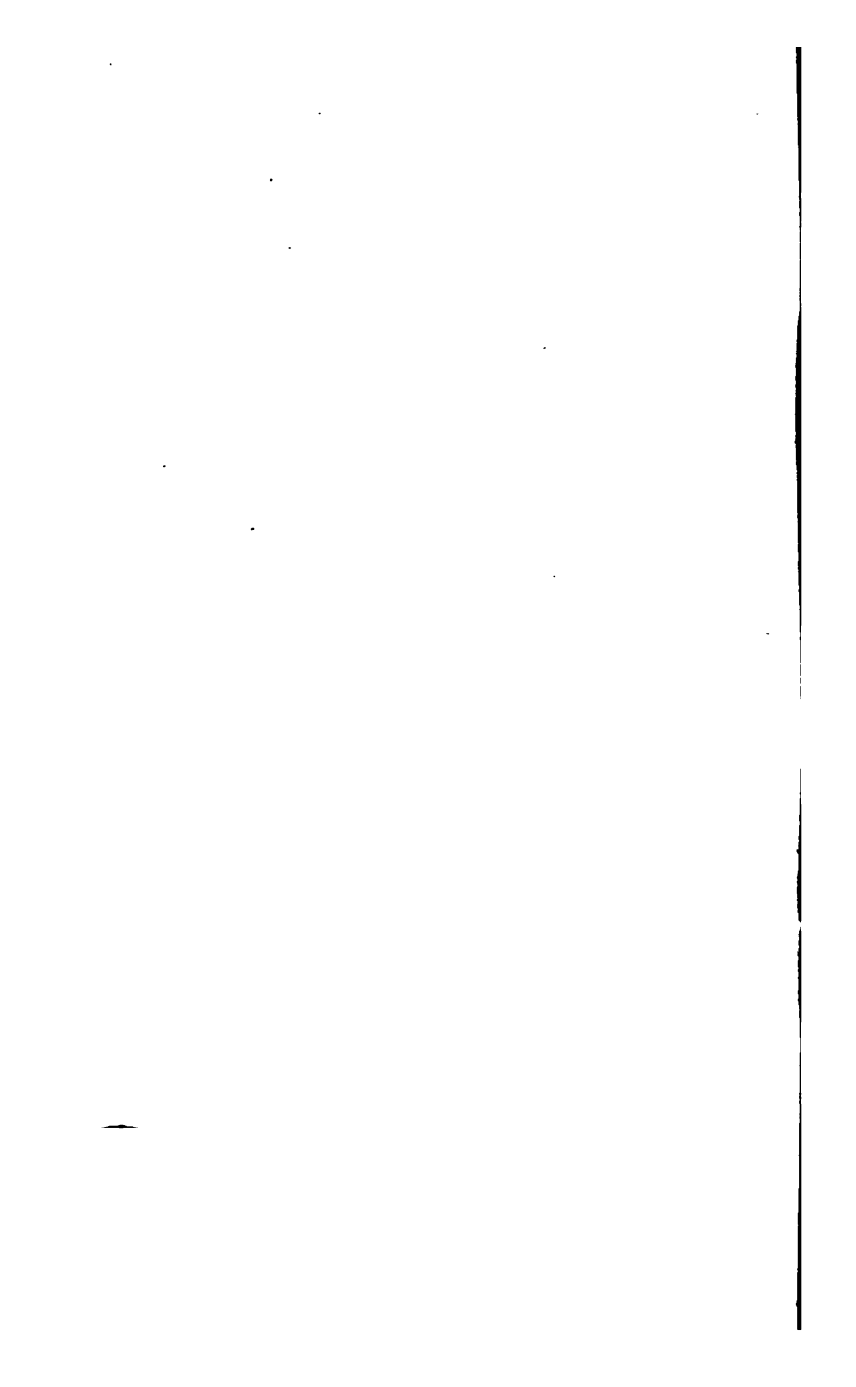
LABOR \* PERDIDA



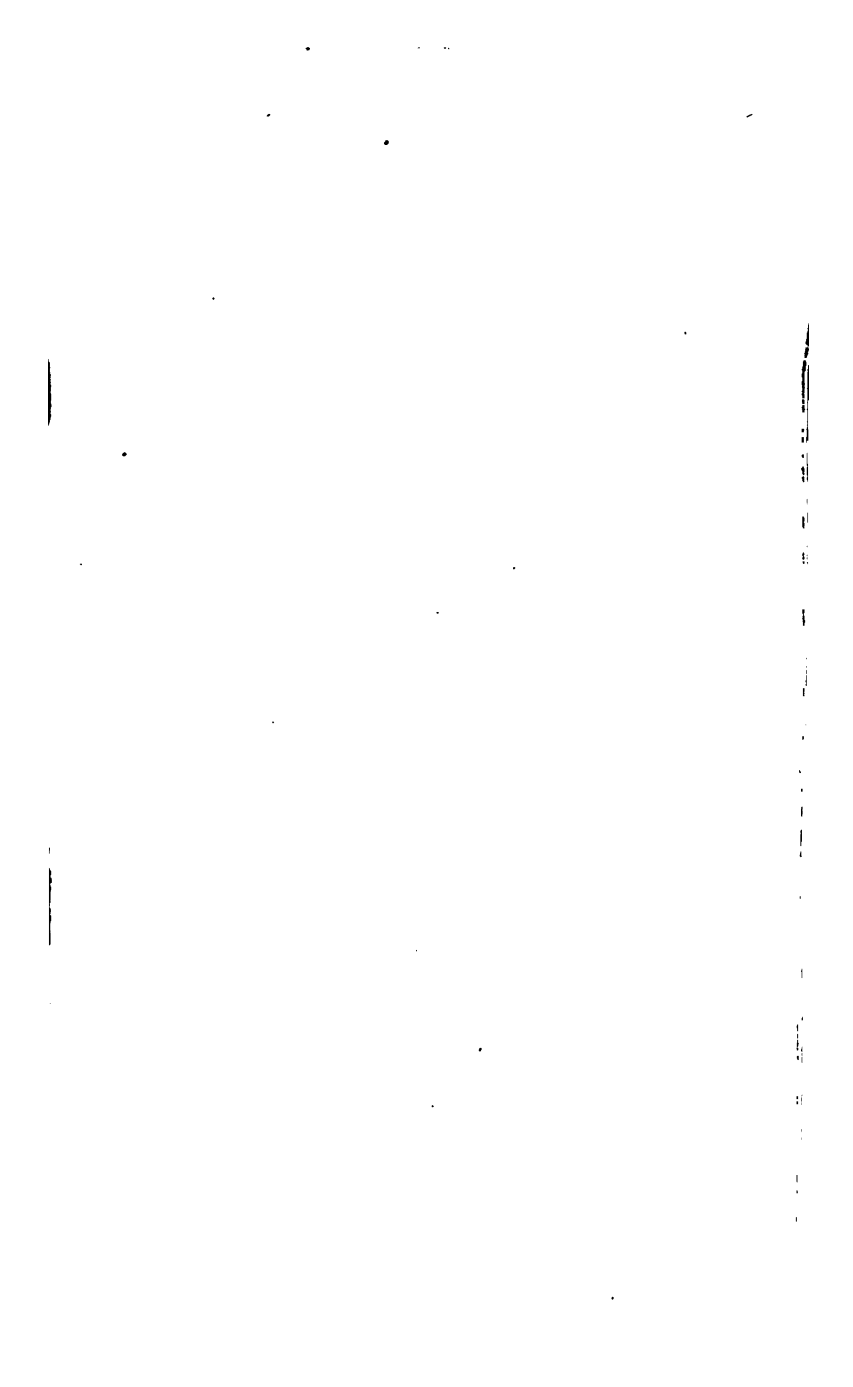
GUATEMALA

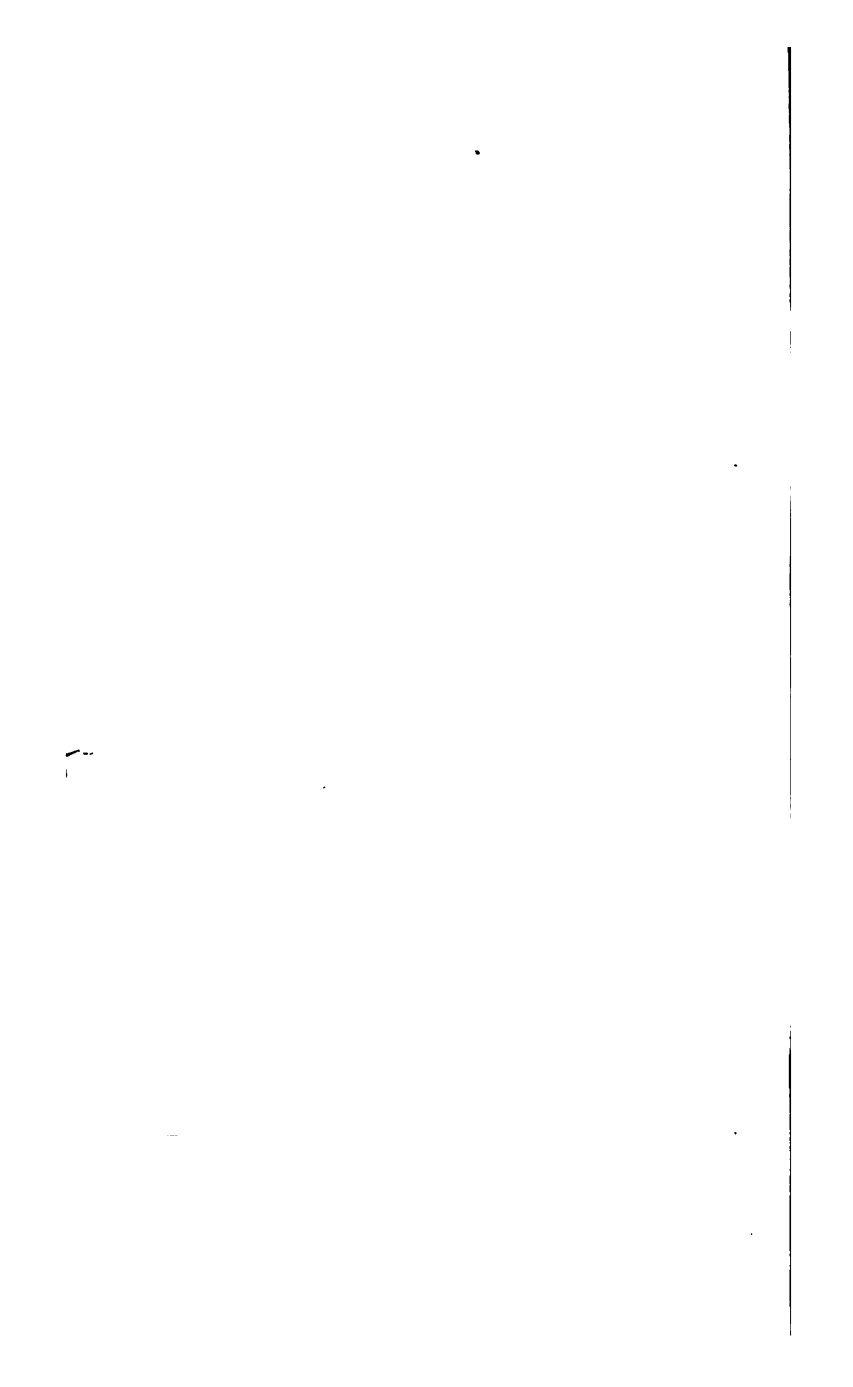
Impresa en la Tipografía Nacional

1901



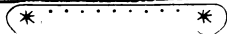






o

Federico Sáenz de Tejada



# LABOR ❖ PERDIDA



GUATEMALA

Impresa en la Tipografía Nacional

1901

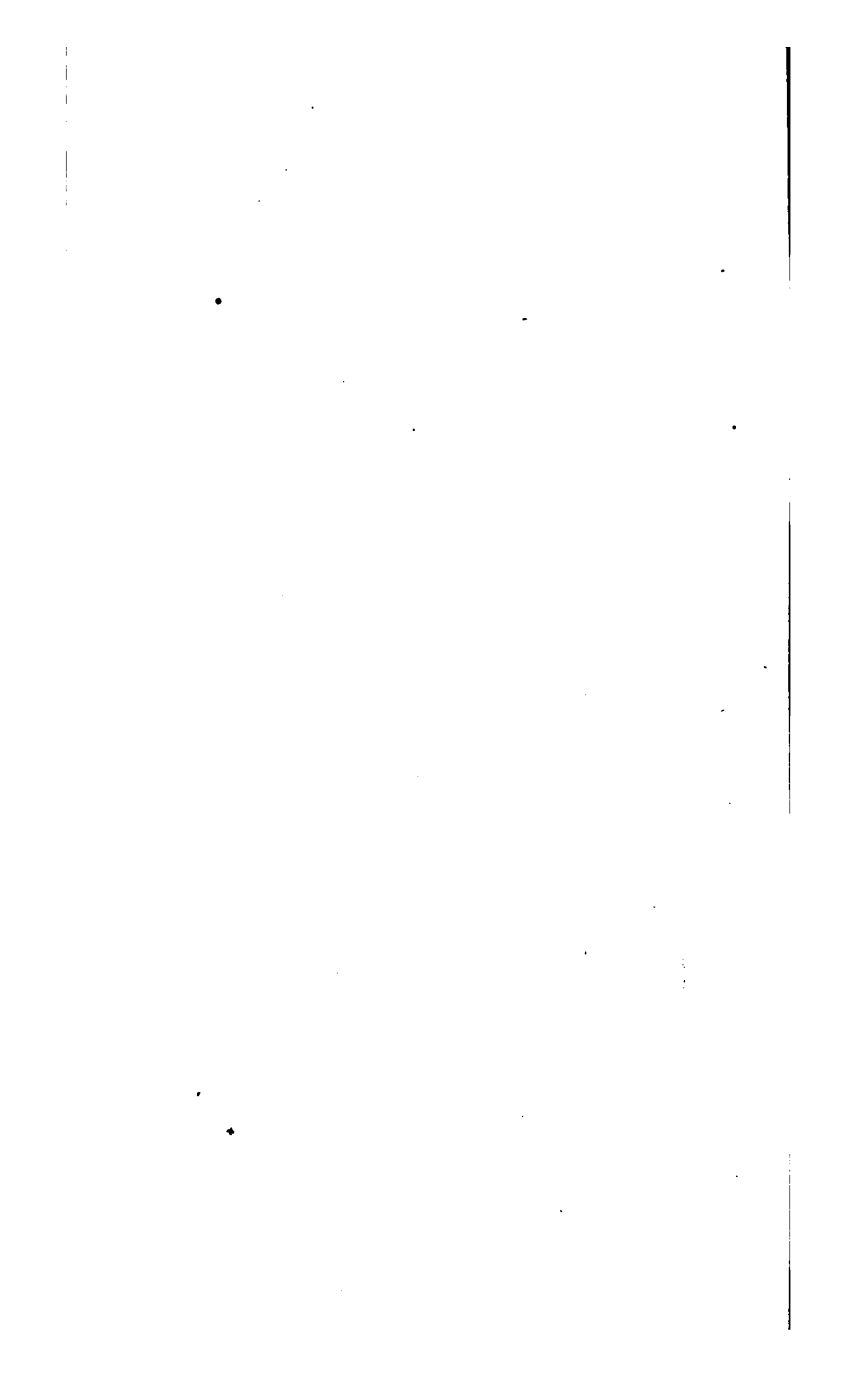
SA-273; 26,100 ✓

SI-573; 166,150

✓ HARVARD COLLEGE LIBRARY  
THE GIFT OF  
FRIENDS OF THE LIBRARY

SEP 7 1942





Á DON

Juan Sáenz de Pejada

SU HIJO

Federico





## INTROITO CRÍTICO

---

En este nuevo siglo del becerro de oro y del hombre moneda, que heredó aquel escepticismo burlón, aquel cálculo frío, que hace de cada individuo una cifra, nadie puede libertarse del medio ambiente que por doquiera se infiltra.

Unos dicen no creer en Dios, acaso porque les estorba; otros desprecian las religiones positivas, tal vez porque en su pereza ninguna conocen bien; aquellos desdeñan la filosofía, sin duda porque vale más lo positivo; y éstos no prestan fe á la solidaridad de los pueblos, á la paz del mundo, al arbitraje obligatorio, á causa de que pasarán otros tantos millones de años como lleva de convertido el mono en hombre, según la halagadora teoría del transformismo, sin que los descendientes de Caín, por rasgo atávico ó por afición, ó por lo que se quiera, dejen de matarse los unos á los otros, ya no con quijetas de jumentos, sino con pólvora sin humo.

Hace tiempo que el que no desprecia la virtud la desatiende, y si alguno la elogia es para dejarla pobre y desnuda, á fuerza de ciquiricatas.

Muchos años hace que juntamente se reniega de la luz del cielo, de las autoridades de la tierra, de la sociedad, de la familia, de todo lo constituido, pidiendo, en cambio, á la llama del

petróleo y al brillo del puñal, el caos anárquico, el amor libre, la irresponsabilidad de las acciones humanas.

Yo en puridad, sé decir que, aunque conservo muchas de las creencias de mi niñez y de mi juventud, así como se conservan las cicatrices de la vacuna, después de perdida la virtud profiláctica del antídoto ¡desventurado de mí! no tengo ya fe en la crítica. No creo en la crítica. Me ha sobrevenido, como decía Armando Palacio Valdés, la inmensa desgracia de renegar de la crítica. Confieso que soy anarquista de la crítica.

¿Cómo quiere, pues, mi joven amigo Federico Sáenz de Tejada, que formule yo, pecador, pobrecito de mí, un juicio crítico sobre este su primer libro, que se me antoja uno de esos mosaicos napolitanos hechos con paciencia y con primor? Si he perdido hasta el último átomo de afición á la crítica, si desconfío de los críticos ¿cómo me he de encaramar yo en el trípode, para darla de sabihondo, de salamandra ó de zopenco?

La consecuencia ante todo. Y eso por más que sea tan remilgada pizpireta muy escasa de dejarse ver en estos tiempos que nos atraviesan. Cuando se pretende la *masculización* de la mujer, cuando se lanza la Europa sobre la China, en nombre de la cultura cristiana, cuando el Tío Sam deja su aire risueño, su chistera blanca, su frac abigarrado y sus calzones de fran-

jas, para coger de repente un cañón *Krup*, y salir caballero conquistador, desfaciendo entuertos y enderesando agravios, cuando se predica la fraternidad, y aparece el relente de la traición y la hoguera del interés consumiendo todo: dignidad, familia, patria, religión y hasta la perspectiva del cielo; cuando todo ello sucede, quizá no sea cuerdo apelar á la consecuencia, diosa de aquellas que como las del paganismo, huyeron para siempre. Acaso entonces es mejor beber en todas las fuentes, á riesgo sí de que le suceda á uno lo que canta la copla colombiana:

“El que bebe agua en *tapara*,  
O se casa en tierra ajena,  
No sabe si el agua es clara,  
Ni si la mujer es buena.”

En resolución, me inclino á creer, con Larra, que en materia de opiniones todas son peores. Lo más juicioso es no opinar. En eso consiste precisamente la verdadera felicidad; dijo el más lírico de nuestros poetas: “*¡Que dicha es no pensar!*” . . . . . ¡Cuántos trabajos cuesta cada obra del ingenio! Mendigo y ciego acabó Homero, en la inopia y sin vista Milton, envenenado Séneca, desvalido el Tasso, preso y triste Cervantes, con *delirium tremens* Edgar Poe, que tal suele ser el lote de los que piensan mucho, aunque después los divinicen.

*¡Vade retro crítica!* El heroísmo de escribir en estos países, me hace recordar á los primeros creyentes de las

Catacumbas de San Calixto, hombres aquellos de verdadera vocación, de fe ciega, candidatos al sacrificio, mártires en perspectiva, redentores en cierne, ocultos siempre, y la mayor parte olvidados después, no obstante la acuciosidad del Martirologio Romano.

—“Yo no sé si lo debiera felicitar á usted, por el nacimiento de su vástago primogénito,” decía un escritor parnasiano á un poeta romántico.—“Porque, á la postre, *es árbol de amargos frutos todo el que nace en la tierra.*”— Así, yo no me atrevo á decir la buena ventura al que penetra por las anchas puertas de la publicidad, con su pluma tras la oreja y unas cuartillas de papel en la faltriquera, exponiéndose á la crítica. Es muy esquivo el destino. Nadie sabe si la tímida doncella, de blanco vestida y con azahares adornada, que entra al templo á recibir la bendición nupcial, recogerá un haz de dichas, ó si por desatender la epístola de San Pablo, se convertirá el connubio en cornucopia de desazones. Todo es dudoso en este mundo. Con razón exclama Vargas Vila que la crítica es ciencia de rampantes y religión de la envidia

¡El cielo preserve á usted, mi buen amigo, de los escarceos de la crítica! Tiene de común con los dioses que, la víctima inmolada en su altar, le gusta más mientras es más virginal, joven é interesante. En opinar cada uno como le plazca, decía un viejo diputado—que

por lo visto no opinaba como el poeta Diéguez— consiste la libertad y el progreso; y de veras que Heráclito y Demócrito, riendo el uno y llorando el otro, progresaron hasta que se murieron. Ovidio sentía fruición en el llanto: *Est quaedam flere voluptas*; mientras que Molión, aquel príncipe troyano, profesaba el alegre principio de que una carcajada es el colmo de los goces. “*La vida es sueño*” dijo el más inspirado de los dramaturgos españoles, y antes y después de él, hubo otros que, enemigos de narcóticos, piensan que *la vida es el amor*, sobre todo, el amor inverecundo, real y positivo, que busca la dicha entre las ballenas de un corsé; amor cuya historia escribió Pierre Dufour, con documentos referentes á las costumbres naturales de los siglos pasados. Ni faltan anafroditas desmarridos que andan por ahí sin sol, sin flores, sin anhelos, sin esperanza, sin Dios, para los cuales *todo es nada*, hasta la vida. Y vaya alguno á desenredar el laberinto, á deshacer el lío, á fijar ideas, á fundar escuela, á llevarla de crítico, á meterse en el ajuar de las opiniones, á querer cristalizar por tojas partes el diamante de la virtud.

Entre los clásicos intransigentes, los rumiantes de Academia, los heteróclitos románticos, los gongóricos pedantes, los intelectuales desmazalados, los parnasianos pubescentes, los naturalistas lúbricos, los pasquinistas dinamiteros,

los poetas de apatuscos, los fantaseadores medio evales, los decadentes galicanos, los periodistas logreros, los pedagogos por hambre, y la turba micróbica de los escritorcitos de pacotilla; entre toda esa anamorfosis de gente de pluma, que anadea por diversos rumbos y en distintas aguas ¿cuáles, por Dios, van por la buena corriente?

Item más, á los trabajados por el *bacilus* de la literatura, se les puede ahuecar un día la mollera, razón patológica para opinar con Fr. Luis de León, cuando creía lo más prudente huir del mundanal ruido, y seguir la escndida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido. Y en odio, finalmente, á los que, como yo ahora, van taraceando frases, debiera acabarse con la taranganada de odiar cordialmente á Gutenberg, al más feroz de los trastornadores del cielo y de la tierra.

Pero no temáis, espíritus menguados, que no llegará á tanto la ira de Júpiter. Los únicos que no se salvarán son los críticos grafómanos, contra ellos *nulla est redentio*, ya que los anatemas de todos los concilios serían pocos, para cuanto merecido se tienen semejantes taragallos enemigos del prójimo escritor, zizaña de las letras, retóricos figurines, asesinos del crédito, émulos de la gloria, anáglifos que tragan la ajena fama, como la obscura boca del fatídico león de Venecia engullía las anónimas denuncias, en los sombríos

tiempos de los dux. ¡Ah! Los críticos son los merodeadores del templo de las letras, el halo de la estrella y la cauda del cometa. Son los microbios de todas las dolencias literarias. La envidia, la ignorancia, la necesidad de ganar unos cuartos, el atrevimiento de ciertos tipos, los convierte en críticos. Literatos sin libros, pintores sin pinceles, estéticos ó estíficos que tienen idea de la belleza como el papagallo de la filología. No hallando cosa mejor que hacer, se convierten en críticos, como fray Gerundio se metió á predicador, cuando dejó los estudios que acababa de comenzar.

No, querido Federico, yo prefiero meterme ahora en ese florido *chalet* literario, que usted fué poco á poco levantando, y que galante me ofrece, para pasar en él breves momentos de apasible tranquilidad. Nada de rifirrafes tendremos ahí, ni vendrá ninguna discusión rabisalsera á interrumpir la buena armonía que ha prevalecido entre los dos. Usted, que está en los mejores años de la vida, me contará, con su genial donaire, esos cuentos, esas historias de modernísimo sabor, que forman este bonito libro; y yo, acariciado por el sentimiento de la amistad, que liga á las almas generosas y por la simpatía que inspira el anhelo del joven escritor que comienza á penetrar en ese circo que se llama público, he de apadrinarlo, y á fe que no se prodigarán las cucharaditas de

miel, cuando con franqueza diga lo que sus producciones merecen, ovidando por un momento la máxima de Cervantes, de que *al buen callar llaman Sancho*.

Pero así como los caballeros andantes invocaban el nombre de su dama al acometer una aventura, y nuestros antiguos toreadores se persignaban al penetrar al redondel, yo protesto en toda forma, con cuanta energía cabe, y como mejor proceda en derecho (al fin leguleyo) que abomino de la crítica y que no *hago crítica*, como decía un francés amigo mío, cuando una lindísima *chapina* le aconsejaba que dejara de *tijeretear* al prójimo.

Manos á la obra, pues, don Federico, que las digresiones son peores que los malos pensamientos. Asumadamente, me gustan lo mismo todos sus artículos, así como á usted le agradan tanto las morenas como las rubias; y si alguno se escandalizare de mi gusto á mantas, paciencia y barajar:

“Si yo soy así,  
¿qué he de hacerle yo?  
Todos para mí  
Son á cual mejor.”

Pero francamente encuentro más naturalidad y donosura en *Amor Fugitivo*, en esa romántica historia de una pasión repentina, que en ningún otro de los cuadros. Me gusta más su trama que la de *Labor Perdida*, digna de elogio, pero de perfume afrancesado.



Aunque el cuento español es tan antiguo como su literatura, y aún se leen con agrado los del Infante don Juan Manuel, Mendoza, Alemán y Cervantes, que escribieron años hace; no puede negarse que el carácter de *conteur* es de los galos, motivo por el que la mayor parte de los que escriben esas narraciones cortas de sucesos verosímiles, esas rapsodias, que están de moda actualmente, danles sabor galicano.

No faltan en algunos de los primorosos bocetos de usted, señor don Federico, rasgos de naturalismo á lo Balsac y Stendhal; pero líbreme Dios, á mí que no creo en la crítica, de meterme en camisa de once varas, criticando el realismo, que ora se exhibe en lienzos como los de Nana, ora en acuarelas ó miniaturas como las de Gauthier y de Goncourt. No, yo no critico nada. Allá se las hayan los secuaces del *Asno* de Luciano y de Apuleyo, lo mismo que los amigos del *Satyricón* de Petronio, que tanto gustan del argumento vil y de la frase obscena. El mundo es mundo, y hay para todos. A unos les encanta lo deforme, y á muchos los embebecen las salacidades del café cantante.

Novelas conozco yo que son más naturalistas que aquella *Pentápolis*, que nos describe el poeta español, de la fe, de los trovadores, de *Marta* y de *Granada*:

“Con estos jeroglíficos impuros  
Se adornaron los pórticos, las fuentes,  
Las calles y las plazas y los muros,  
Y no quedaron ojos inocentes,  
Ni oídos castos, ni recuerdos puros,  
Ni rubor en los rostros impudentes,  
Ni encerró nada más aquel recinto  
Que infamia imbécil y brutal instinto.”

¿Por qué no ha de darse lugar al *eter-  
no femenino?* Con terebintos, pájaros,  
rumores de floresta, espejismos de la-  
gos, hechizos de formas mórbidas, senos  
turgentes, ligas perfumadas, y escotes  
de corsé corto, no se necesitan otros  
condimentos, ni más sabrosos afrodi-  
siacos, para sulfurar al varón menos  
dado á las palomas de vuelo bajo.  
¡Que la misericordia divina los asista;  
yo, que no soy crítico, me abstengo de  
calificar aquellas descripciones semi-  
zoológicas, cuasi desvergonzadas, que  
antes se contaban al confesor, después  
se referían *sotto voce* al amigo y hoy  
se pregonan por la imprenta! Por lo de-  
más, me place sinceramente la lectura  
de los artículos de este librito, que lle-  
van por mote: “*El primer Amor,*”  
“*La Madre,*” “*Inútil Consejo,*” “*Las  
Lágrimas de San Pedro*” y “*Lo de  
Siempre,*” y no extraña usted, talen-  
toso Federico, que no haga la crítica  
de ellos; porque me vendría á suceder  
lo que usted mismo dice que le pasó á  
Adán, una vez comido el fruto aquel  
tan apetitoso, que lo siguió comiendo,  
entre las chafalditas de un tardío  
remordimiento.

Si yo me declarara enemigo del naturalismo y del parnasismo, y del moderno gongorismo, y de todos los *ismos* ¿dejarían, por eso, muchísimos insignes literatos—como les dicen—de escribir con esta tinta, de usar aquel fumino oloroso á polvos de rosa, para juveniles carrillos?

No, mil veces no. Siempre andarán entre "*vahos cargados de voluptuosidad,*" y con razón, porque yo de lo que menos tengo es de crítico. "Caerán en los brazos de oro de aquellas perendecas sirenas, y en el nido protector de los amores de Laura."

Y al cabo y al fin, si la desnudez de la Venus Medicea ó de la Calipicia en Nápoles, tienen velos artísticos tejidos por la belleza misma, que invisiblemente matan el deseo y enfrían la concupiscencia: "*Virgenes que se miran como á través de un tul*" ¿porqué el naturalismo no ha de rasgar hasta esos indiscretos velos, con el propósito de que se contemple bien desnuda la realidad?—Sólo que á virtud de tales arranques lujuriantes, como decía el famoso Cánovas del Castillo, se nos despierta naturalmente un cierto amor impensado y hasta violento á la policía, y recelamos que ande perezosa la justicia en su ministerio, dejando inultos semejantes intrépidos.

Y eso precisamente sucedióme, hace muchos años, cuando estuve sufriendo calor en una tristísima ciudad. Vivía yo en el *Hotel León de Oro*, y una

mañana ví, con extrañeza, á un hombre en cueros, que tranquilamente se paseaba en el corredor. Pensé que el desvergonzado iría al baño, aprovechando la ausencia de las mujeres que ahí moraban; pero ño era así. Me explicaron que, demente el pobre diablo, la había tomado por imitar á nuestro padre Adán en el traje. ¿Y la policfa, pregunté, tolera aquí el naturalismo en acción? Nadie, me contestaron, se fija en *el loquito*, porque hace ya tiempo que lo están mirando.

Ese espectáculo realista me alejó más del gusto por la crítica. No piensan lo mismo todos los mortales. El hombre, dijo no sé que sabio, es un animal de costumbres. El chino tiene por bárbaro al europeo, y el europeo ve como abrutado al pobre amarillo de ojos sesgaditos.

Y si alguno no viere con lenidad mi juicio y con benevolencia los artículos de usted, señor don Federico, no tema, no se aflija, no se arrepienta de ser escritor; siga usted, en gracia de mi deseo, este consejo que le voy á dar, y que es lo único bueno del presente escrito, hecho á la birlonga:—“Póngase usted el *suyacal*, y que pase la tormenta.”—Acuérdese que Salomé Jil decía que el paraguas sirve para mojarse con honor.

Este libro es algo como la cartera de los pintores que guarda bocetos, vistas, retratos, panoramas y hasta recuerdos. Usted, amigo mío, ha comen-

zado con lujo su carrera de literato. Prosiga así, que el tiempo, generador de cuanto existe, hará que su bien cortada pluma produzca más sazonados frutos. Sea enhorabuena, ya que con razón han sido adoptados algunos de los artículos de este libro en acreditados periódicos de Méjico y Sud América.

Aunque no soy crítico, admiro el talento, y anhelo para los jóvenes de inteligencia, buena cosecha en el espinoso campo de las letras. ¡Que escriba, usted don Federico, por muchos años, y que en los turbados y mudables tiempos que corremos, no vaya de repente á convertirse en crítico, en sacerdote literario, como esos rabinos que circuncidan á los autores desde que vienen al mundo de las letras. Es mejor seguir la noble carrera de abogado, aunque sea sin justicia y sin clientes. La felicidad terrenal, dijo el famoso novelador don Pedro Antonio de Alarcón, es cuestión de punto de vista.— El mfo consiste en creer que no tenemos en este valle de lágrimas, desde la mancha original, derecho á la felicidad, y que desde entonces la tierra no es habitable. Por consiguiente, debemos contentarnos con ir pasando la vida, sin dar con algún crítico. Luzbel cayó de lo alto, cabalmente porque quizo criticar el cielo, mientras que Margarita, vencida un instante por todo el poder del infierno, merced al incentivo del amor, llega á triunfar

de Mefistófeles, arrebatándole el alma de Fausto, cuando la criticaba á su sabor el demonio. *Sube, sube*, dijo la *Madre Gloriosa* á la pecadora contrita, que él, tu amado, te seguirá . . . .

Así—aunque sea mala la comparación—el tiempo, la constancia y el culto idolátrico que usted, caro amigo, profesa á las letras profanas, harán de consuno, mal que pese al Lucifer de la Envidia, que suba usted hasta el Olimpo, en donde quiera su buena estrella que no encuentre Laocoontes atormentados por el culebrón de la crítica, sino alguna seductora *chapina*, *mascotte* enamorada de las páginas de este libro, que endulce los juveniles años de su autor, y lo precaba de los envenenados dardos de la crítica, que suelen llegar hasta la mansión de los dioses.

Guatemala, Septiembre de 1901.

A. BATRES JAUREGUI.



## CARTA-PRÓLOGO

---

Guatemala. á 25 de Septiembre de 1901.

Señor don Federico Sáenz de Tejada.  
Presente.

Mi muy estimado amigo:

Con el pie en el estribo quevedesco, ya que me marchó, escríbole también mi carta, que de súplica ha de ser, como la de nombradía histórica á que aludo, des que tengo que ir á usted en súplica de dispensas para quien tan de verdad le quiere y, á pesar de ello, no ha cumplido hasta ahora con enfilear unos cuantos renglones de prólogo, que se guarezcan bajo el título humorístico de su libro de cuentos.

Sabe usted que mi mano es muy suya como de amigo sincero; y, por lo mismo, sabe usted que la pluma que en esa mano infatigablemente vibra, le pertenece también: no vacile, pues, en otorgarme sus dispensas benévolas y oiga en mi voz la del compañero, que con usted platica sobre su obra que quiere como propia.

Humorístico he llamado el título de sus cuentos; y, aunque él sea prestado al que encabeza la serie, habla lo bastante de su espíritu, para que se le tome en muy seria y psicopática consideración. "*Labor Perdida*" resultó el libro en este su bautizo de tinta; y hay en ello, profunda, amarga y escéptica

acusación al indiferentismo judaico de nuestros tiempos de la teneduría y el metro, en que perdida se considera toda labor que no se traduzca al sistema decimal ó no se balancee al gusto de los cambios. Ello no viene á ser tampoco sino repetición atávica de las lamentaciones del Bautista, que con su "*Vox clamantis in deserto*" anunciaba á todos los tiempos cuán desofdas andarán las lenguas que dijieran cosas bellas, aunque inútiles.

Posible es que su libro, en que desflora usted ante la consideración pública su personalidad literaria ya recopilada, caiga en manos de mercader; y, entonces, créame que la sonrisa burguesa contraerá su desdén en el rostro lector, que encontrará en los cartabones de su estrecha impresión justificado el título, como que perdida ha de parecer toda su labor á aquellos de quienes el pensador decía que el cerebro es una prolongación del tubo digestivo.

No obstante, y á pesar que mi ayuda de cirineo apenas ha de servirle, crea que yo no juzgo labor perdida la de su bello libro; porque la cadera de Frinea y el ojo azul de Venus y la frente ruborosa de Susana, asoman en la conciencia de la Eternidad, como símbolos de belleza que reciben el culto de amor de todas las almas, por encima de Calibán y de Sanchc.

Su prosa alada tiene espumas de entusiasmo al rededor de todas las



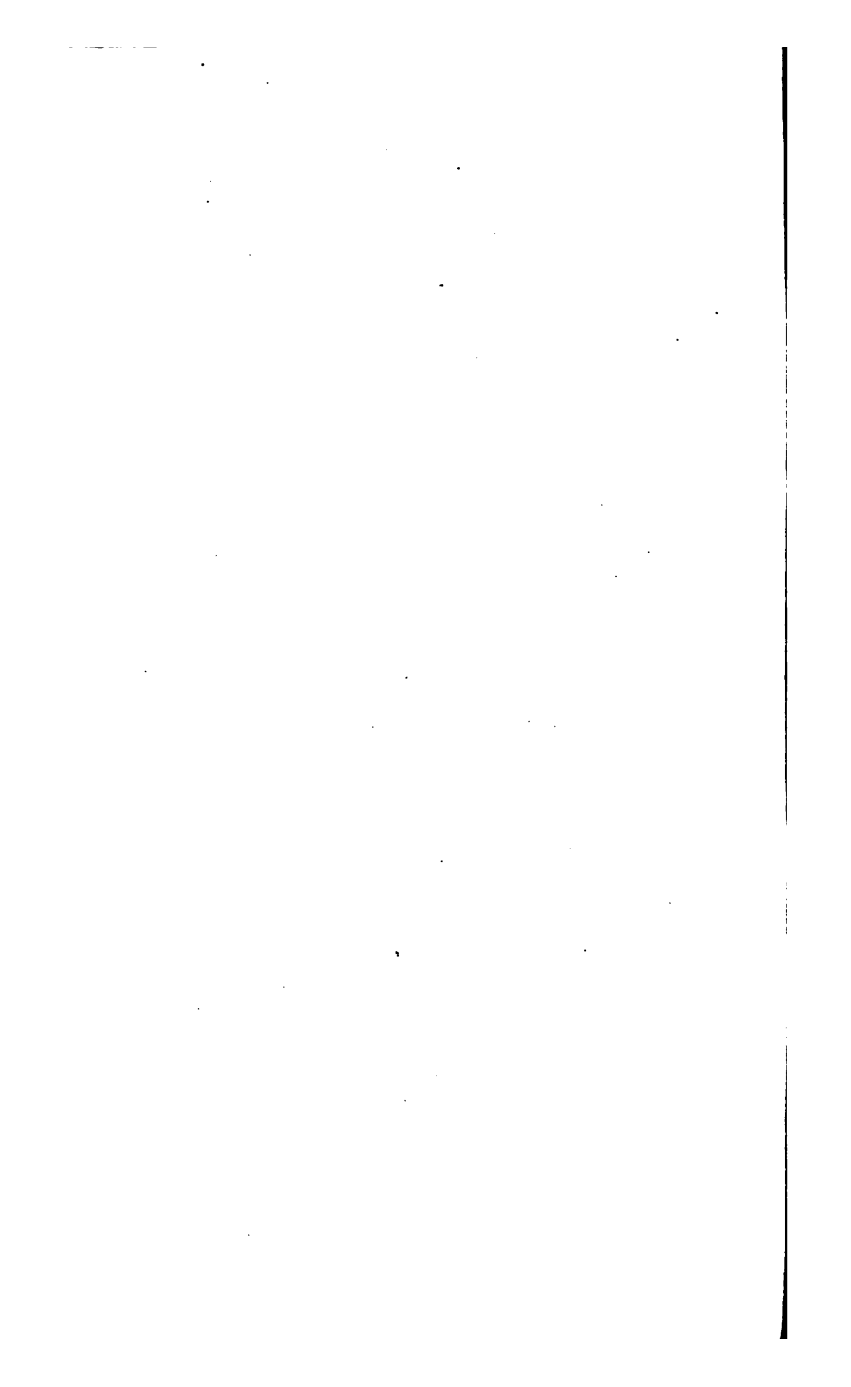
seducciones desnudas; y en el fondo cristalino de su espíritu de artista, se refleja el amor de la belleza, que para los clásicos valió tanto como el bien y que para los naturalistas vale tanto como la verdad.

El estilo en que recorta usted sus cuentos es el novísimo, por el que pasean sus triunfos Cátulo Mendez y Alfonso Daudet: ignoro si me descamino al adivinar bajo su intención una profunda corriente de simpatía hacia Guy. Sin el color de Cátulo ni la plasticidad de Alfonso, hay no sé qué seducciones de candor en esas conversaciones admirables de Maupassant, cuyo espíritu parece mariposear por el libro de usted, á la manera de perfume impregnado dentro una hermética ánfora de cristal: al destapar el ánfora de usted, se siente el perfume del cuentista francés, que ha puesto las hojas marchitas de sus violetas dentro de las hojas de este libro, que sólo deben recorrer ojos de dama y de artista, con la sutileza y exquisitez propias de los espíritus tocados por la varilla de oro del buen gusto.

Hasta en los títulos se me ocurre paridad: la "*Labor Perdida*" de usted se da el brazo con la "*Belleza Inútil*" del maestro. Pero crea, y crea con fe de artista convencido, que ya quisieran para su mejor contentamiento los enemigos de todo lo noble, perder su labor como usted, consagrando el culto de su pluma de Quetzal á la inutilidad de la Belleza.

Muy suyo:

JOSÉ S. CHOCANO.



## LABOR PERDIDA

### I.

Aquella noche el Teatro estaba lleno; estrenábase "La Coqueta," drama de autor anónimo.

Mientras la orquesta tocaba un delicioso vals de Straus, las damas y señoritas recién llegadas ocupaban sus asientos y cambiaban saludos con sus relaciones.

Ellas dejaban entrever sus hechizos y adivinar, á través de sus escotes más ó menos abiertos, gracias capaces de trastornar al árabemás apático. Cuanto el gusto más exigente pudiera pedir, encontrábase allí reunido: lánguidas rubias en cuyos azules ojos se reflejaba el cielo y morenas ardientes de mirada revolucionaria.

Flotaba en la atmósfera un vaho cargado de voluptuosidad.

Concluyó la sinfonía y en sepulcral silencio fué descorrida la cortina del palco escénico. El primer acto, que era una exposición de los caracteres pasionales del drama, fué religiosamente escuchado.

Se oyeron unos tímidos aplausos.

Los que llevan su *extranjeromanía* hasta el extremo de negar que en América no se produce nada bueno en lo literario, sin estar en antecedentes le

aseguraban un fracaso á la obra; los eternos proscritos del riente y luminoso paraíso del Arte, incurables inválidos de la inteligencia, impotentes para producir, gozan con la cruel delicia de destruir, hiriendo despiadadamente, con la espada cortante de sus lenguas, la reputación de los que sin tregua luchan por adquirir lo que rarísimas veces se obtiene: honra y provecho.

Los críticos se abstendían de hablar; ofán á los demás, afectando aires de protección; esperaban ver para juzgar. Sólo los amigos del autor comunicábanse sus impresiones, pronosticándole un feliz éxito.

El segundo y tercer acto pasaron entre palmas nutridas y espontáneas; el final no fué un éxito vulgar, fué delirio el que se apoderó del auditorio que parecía, por su entusiasmo, escapado de un inmenso Asilo de Orates. Indescriptible fué la ovación que hizo: todas las manos calurosamente aplaudían.

Tantas veces fué llamado el autor, que al fin apareció en la escena, gratamente emocionado ante victoria tan extraordinaria.

## II.

¿Quién es? se preguntaban unos á otros sin poder satisfacer su curiosidad.

Juan Mero, autor de "La Coqueta," hasta la para él inolvidable noche en

que se reveló como artista que "pensaba alto, sentía hondo y hablaba claro," no pasó de ser uno de los del "montón."

Su nombre no repercutió fuera de su patria; allí los frutos de su intelecto eran leídos por algunos que presentaban en él una futura gloria.

Antes de "La Coqueta" escribió *La Suegra Calabacada*, pasillo cómico que llevó á las tablas de improvisado teatro. De ésta conservaba los más placenteros recuerdos por haber sido su primera tentativa literaria, en la que se vió vitoreado por escaso pero distinguido auditorio; entre todos sus trofeos, tenía especial estimación por una modesta corona de laurel que le ciñó en sus sienes el dueño del hogar, en cuyo honor se diera el festival.

Bondadosos alentadores de su producción animáronlo á que hiciera otros juguetes cómicos, que fueron representados con aplauso en veladas familiares.

Sintiendo la mente caldeada por ideales altruistas se dedicó á la política con ferventísimo anhelo de trabajar por el progreso del país en que vió la luz por vez primera.

Después de una brillante campaña en la que, desenmascaró á los Fariseos, destruyendo reputaciones inmerecidas, exhibiendo en su vergonzosa desnudez á pícaros de levita, que no arrastraban grillete en los establecimientos penales, porque tuvieron suficiente talento para

hacer sus financieras combinaciones, guarecidos bajo las alas protectoras de la ley; defendiendo los intereses de los proletarios con la energía que dan el desinterés y la sinceridad, se convenció de que el patriotismo es una palabra vana allí donde se lleva en las venas sangre de servil: que los de su partido, á quienes creía sinceros, no cumplieron sus halagadoras promesas y que la doctrina utilitaria de Bentham era la que prevalecía.

Sin ilusión al ver que no eran espigas áureas las que relucían en esa campiña, se abstuvo de continuar bregando por la consecución de ideales que, dados al atraso de su patria y la idiosincracia de sus compatriotas, eran irrealizables.

Desterrado del lugar en que naciera, por surcar el proceloso océano de la política con vientos contrarios á los de la nave en que navegaba, se dedicó en la extraña tierra en que encontrara hospitalario asilo, á la prosaica y vulgar tarea del oficinista, decidido á colgar para siempre la pluma.

Pero acontece á los que cultivan las letras, lo que sucedió á Adan: una vez comido el fruto, siguen comiéndolo, aunque estén convictos de ser perseguidos eternamente por el infortunio.

Parece que alguna Sirena les atrae con dulcísimos cantos, les seduce con falaces promesas y caen desfallecientes en sus brazos. Ella, cuando no está segura de que nunca más se le esca-

parán, los ata con sólidos grilletes de oro.

De oro, porque algunas veces les concede sus favores, haciéndoles saborear agradable néctar en vaso que reserva un fondo de amargura.

Y Juan Mero, en cuyo cerebro aún quería funcionar la materia gris, á pesar de sus antiguos sufrimientos originados por el amor al Arte, descolgó la enmohecida pluma. Por las noches, robando horas al sueño, se reconcilió con "la loca de la casa" escribiendo su obra admirable.

### III.

Bien impresionada la prensa, unánime analizó "La Coqueta" al siguiente día de su estreno, discerniendo á su autor merecidos lauros de dramaturgo y de artista.

Quién envolvía la tristeza, hija de la envidia rastrera, que el triunfo le produjese con alabanzas, pero no sin muchas reservas y distingos; quién, dando pruebas de tener excelcitud de miras lo elogiaba francamente, cual cumple á los sinceros amantes del arte. En el fondo todos convenían en que Juan Mero era un privilegiado intelectual.

He aquí el argumento de "La Coqueta:"

Ernesto, cuya alma es sencilla, se enamora con firme y tenaz amor de Soledad, monísima doncella, tornátil y

voluble, que sostiene á horas diferentes, relaciones amorosas con varios. Le insinúan que su tiernamente amada no le es fiel: se resiste á creerlo; tortura su desequilibrado cerebro la Duda que se convierte en realidad. Víctima del atavismo, hereda de su padre una pronunciada neurosis; vuélvese horriblemente celoso y fastidia á Soledad con sus reproches. Ella continúa coqueteando, sin fijarse en que envenena la existencia de Ernesto quien deja de cortejarla.

Soledad deplora la ausencia de Ernesto y sintiendo el vacío que dejó, no en su corazón, sino entre los aspirantes á su mano, intenta atraparlo de nuevo, moviendo varios resortes; él resiste, aunque en lo profundo de su alma no desea más que reconciliarse. Al ver el retraimiento de su novio le llama escribiéndole una carta comprometedora.

Como en la humanidad hay la tendencia á creer lo que halaga y á rechazar lo que repugna, Ernesto hace las paces, considerando que eran infundados sus celos.

Inevitablemente tiene que ausentarse del país. En el interin, un extranjero su amigo íntimo, por quien él tenía entrañable cariño y que era el obligado confidente de sus asuntos más secretos, codicioso de poseer á Soledad, (léase á su dinero), la galantea en toda forma mientras que el ausente vive pensando en ella.



El *amigo* más decidido que los otros, pide formalmente su blanca.....mano. Para que no lo sepa Ernesto, que cree que Soledad aún le quiere, y por si ésta vacila, secuestra las cartas que por su medio le escribía á Soledad y por la prensa da la noticia de que Ernesto casará en el extranjero.

Soledad consiente y hacen los preparativos para la boda. Pocos días antes de que se verifique y más rendido que nunca regresa Ernesto; á pesar de todo, no desiste de obtener lo que imagina que es un preciado y precioso tesoro.

Escribe una sentidísima carta á Soledad. Recuérdale sus promesas, le traza, magistralmente, el poema de su lóbrega vida, en la que ella fué el rayo de sol que le reconcilió con la existencia; le ruega que renuncie á enlazarse con su amigo, en otro tiempo querido, porque él también quiere fundar con ella "un hogar en que resplandezca la virtud y ore el trabajo." El *amigo* intercepta la carta que no llega á su destino.

Ernesto, al no obtener respuesta, perdida toda esperanza de anular lo sucedido, pálido y convulso, con la vista extraviada, se introduce furtivamente á la casa de su antigua novia el día de la boda civil. Cuando ya todo estaba próximo á consumarse y el Jefe Político les dirigía la sacramental pregunta, da un grito estridente; los invitados vuelven la mirada hacia el

sitio de donde salió aquella voz, que más que humana parecía alarido de salvaje fiera hondamente herida. Les dice que Soledad no puede ser del otro porque ha sido ya suya.

Abofetea al *leal* amigo y se concierta un duelo en el que uno de los dos debe quedar en el "campo del honor."

#### IV.

Lesán, algunos amigos del autor de "La Coqueta," los encomiásticos elogios que le dedicaba la prensa. Terminada la lectura, observó uno de ellos que Juan Mero conservaba una impasibilidad que hubiera podido llamarse olímpica, á no tener mucho de sombría.

—Es *sui generis* este novel dramaturgo—insinuó con zumba;—tiene aspecto de víctima en vez de estar radiante de placer por el buen éxito de "La Coqueta." Cualquiera diría que las alabanzas le han envanecido.

—No estoy enfatuado—replicó con acento suave y sonoro;—el resultado del drama superó á mis esperanzas. Los plácemes que me dedican, venidos de ese modo, con expresiones de aliento para continuar luchando por conquistar un puesto distinguido en la literatura, me animen á emprender otros trabajos. Los considero sinceros por lo espontáneos, pues no soy amigo de los periodistas que me han favorecido. La causa de que ustedes no vean refle-

jada la alegría en mi semblante es otra: cuando el auditorio me cubrió de aplausos, fijé los ojos en el banquero en cuya casa trabajo, queriendo ver la impresión que "La Coqueta" le produjera.

Siempre se mostró deferente conmigo, distinguiéndome entre los colegas. No estaba en su palco; ví á su hija que conozco de vista. Parecía estar furiosa: con su mirada, llena de cólera, hubiera querido aniquilar á alguien, á juzgar por las llamaradas que despedían sus ojos.

Ese alguien era yo. Esta mañana me disponía á ir á la oficina, cuando recibí una carta del principal despidiéndome. "No quiero, dice, ocupar á ingratos. Usted en público exhibió á mi hija, sin tener presente, al hacer tal villanía, que le he dado una ocupación decorosa para que su anciana madre y usted pudieran vivir."

Ignora el buen hombre que soy incapaz de hacer tal felonía porque en mi alma germina, abundante, la semilla del agradecimiento.

—Sospecho—profirió el que quiso bromear con Juan—que esa niña se vió en "La Coqueta" retratada de cuerpo entero: creyendo que á ella te referías, influyó para que te despidiese su padre y éste accedió con la prontitud é irreflexión con que los padres débiles de carácter ceden á los caprichos de sus hijos.

El verse de relieve en "La Coqueta," sin que la hayas tomado de modelo, es el mejor elogio que se puede hacer de tu drama, porque indica que es copia del natural.

\* \* \*

----Ante la triste perspectiva de que su amantísima madre sufriera las torturas de no poder llenar la imperiosa necesidad de comer para vivir, el dramaturgo no respondió inmediatamente á los afectuosos conceptos de su amigo.

Su contestación fué una frase impregnada de infinita amargura.



## LA MADRE.

---

Serfa necesario que el hombre perdiese la actividad funcional de la inteligencia y su condición de ser sensible, para que perdiese el venerado y venerable recuerdo de la autora de sus días.

Labor incompleta es la de la pluma que se afane en describir los dolores terribles, el cruento martirio que sufre la virgen al convertirse en madre, porque la palabra humana no los alcanza á traducir; serfa preciso sentirlos con su inenarrable intensidad, para poder estimar en su preciado valor ese momento augusto en que la madre cumple la noble misión que Dios le impuso sobre la tierra.

Crfa al hijo de sus entrañas con la infinita ternura que, cual torrente impetuoso se desborda de su corazón; le conduce en el camino de la vida, le muestra sus escabrosidades y precipicios: hiriéndose aparta las espinas para que el fruto de su amor libe de las flores que encuentre el néctar delicioso.

Cuando la nube del desencanto nos envuelve en sus tetricas sombras; cuando el ave negra del desaliento pasa rosándonos el cerebro; cuando la desgracia nos abate y hemos perdido la fe, ella, anhelando nuestra dicha, copiosamente derrama sobre nosotros

bienhechor rocío de esperanza y de consuelo.

Reprende y amorosa perdona nuestras faltas; con abnegación sublime cura nuestras llagas morales; nos levanta cuando estamos próximos á caer; hace suyos nuestros triunfos y derrotas; dulcifica los postreros amargos instantes en que el alma, ansiosa de libertad, á desconocidas é inexploradas regiones tiende el vuelo.

El amor materno guarda, inalterables, emanaciones purísimas; es sincero, invariable, desinteresado, jamás perece: el fuego sacro que lo anima tiene semejanza al de la zarza del Oreb que ardía sin consumirse.

Porque después de muerta, si sentimos al suave susurrar del viento, rumor de besos y batir de alas es que, impalpable, en derredor nuestro revolotea el espíritu de nuestra madre.



## AMOR FUGITIVO.

A mi noble amigo, el distinguido  
literato don Joaquín Méndez.

Al doblar una esquina sentí bajo la planta del pie, el suave contacto de un rollo de papeles que decían lo siguiente:

“Dueño de regular fortuna á los treinta años, una mañana mi madre me manifestó que ya era tiempo de abandonar mi borrascosa vida de soltero: anhelaba, antes de cesar de vivir, que su hijo único estableciese un hogar presidido por un ángel en forma humana, amoroso, inteligente y bello.

—Has pensado en alguna?—inquirió,—acariciándome con la mirada.

—No, madre mía.

A la verdad, poseía, un santo horror por el matrimonio; todos los que tuve ocasión de analizar, por uno ú otro motivo, ninguno había sido feliz; el de mi madre fué la excepción confirmadora de la regla. Mas, si en otras sociedades un soltero puede vivir perfectamente, en ésta no: “el matrimonio es un mal necesario,” decía un amigo que, fiel á su doctrina, casó con una doncella, la cual le hizo figurar entre los héroes que inmortalizó Molière.

Expuse ese modo de pensar á mi madre, quien sonriendo contestó:

—Desecha tales ideas y procura complacerme; yo no te impongo candidatura, búscala tú y aprobaré la elección.

Vista la amable insistencia de la autora de mi vida reflexioné: bien puedo encontrar la que mi madre quiere. Pero, quién? murmuraba pasando *in mente* revista á las que me parecían buenas; después de mucho cavilar no hallé mi ideal y concluí por considerar la boda como un suicidio en el que uno se aplica á sí mismo la última pena.

\* \* \*

Hastiado del género de vida que hasta entonces llevara, á más no poder había apurado el cáliz de todos los placeres: en mi alma hallábanse

“Mudo el deseo, muda la esperanza,  
En paz como en los tiempos de bonanza.”

Buscando el remedio de mi depresión moral—ni el juego, ni el amor me producían halagos—me inscribí de buena fe, sin esperanza alguna de medro, en el liberalismo, por creer que, bien entendido y practicado, es el más bienhechor de cuantos partidos se disputan el gobierno de las naciones; fui bien recibido en él y prometiéronme la inmediata realización de mis anhelos nobilísimos.

Así las cosas, un domingo acompañado de mi madre fui á misa; cerca de nosotros estaba una espiritual mujer. Su aire distinguido, la elegante sencillez con que vestía, y el sincero fervor con que dirigía preces á Dios sin volver la vista á los pollos que buscaban una



mirada de sus ojos revolucionarios, causáronme tal encanto, que no exagero si digo que tuve allá en lo hondo, una sensación grata y hasta entonces desconocida. En otros términos, quedó dueño de la parte de mi corazón, la cual aun no habían incendiado pasiones más ó menos puras.

Ignoraba que fuese rica y que perteneciese á lo que hemos convenido en llamar aristocracia. Por más que me esforzara en trasladar al papel en que consigno frecuentemente los sucesos que marcan época en la historia de mi vida, lo que entonces sufrí, quedaría algo que las palabras no alcanzan á interpretar. Dante, á quien se cita siempre que deseamos significar algo terrible y siniestro, no hubiera tenido idea del infernal suplicio que padecería un demócrata en nuestros tiempos al saber que adoraba á una aristócrata.

¿Qué dirían mis intolerantes amigos políticos al saber que yo, sempiterno adorador de la igualdad, que siempre he pensado que la Democracia es el supremo ideal á cuya asecuración debemos aspirar sobre la tierra, amaba con todos mis sentidos á una aristocrática señorita?

.....  
Después que me presentaron á Laura, la mamá ofrecióme su casa, oferta que no eché en saco roto á pesar de que yo querría no quererla, pues un extraño presentimiento me vaticinaba que acaso sería un insuperable obstáculo en mi carrera.

Pero, *alea jacta est*; insensiblemente mi amor á Laura fue creciendo, creciendo y no pude sustraerme á su influjo avasallador. Mi madre estaba contenta: dióme parabienes por mi buena elección. Lo fué? Lo ignoraba; sólo hago constar que mientras pasó el tiempo y la traté con alguna confianza, más confirmé la impresión que por vez primera me había causado: era hechicera, inteligente y sobre todo, buena.

¡No había de serlo, si cuando llamé, entre placentero y trémulo, á las puertas de su corazón (de oro por lo noble), ella bondadosamente las abrió, dejándome admirar un pedazo de paraíso al que ansiaba penetrar por completo en día no lejano!

\* \* \*

Concedida oficialmente la blanca y delicada mano de Laura, estuve ocupándome en el arreglo del *nido* protector de nuestros amores; mi madre afirmaba ser digno de la persona á quien estaba destinado. Al imaginarme que gustaría á mi prometida, me invadió el alma una ola de dicha mezclada con pena: mi padre no vivía ya. ¡Cuánto gozaría con mi felicidad él que tanto trabajó para mí; él que en las batallas de la vida me animó á no darme por vencido sin haber bregado hasta el último momento! ¿Por qué estos recuerdos hubieron de manchar el límpido cielo de mi ventura?

El se fue á donde no se regresa para hacer lugar á los que vienen detrás, cumpliendo luctuosa é ineludible ley natural.

\* \* \*

Nos desposamos. Yo hubiera querido hacer la boda sencillamente; pero mi madre, de acuerdo con mis papás políticos, se opuso y hube de complacerlos: treinta carruajes nos llevaron á la numerosa comitiva y á mí, de la casa de mi novia á la Catedral: en el atrio había una alfombra que terminaba á la entrada de la Capilla del Socorro, en la cual, resplandeciente de luces y cubierta de níveas flores, nos esperaba el sacerdote. Al entrar, la orquesta tocó magistralmente la *Marche Des fiancées* de Thomas: sus notas repercutieron dulcemente en el fondo de mi sér.

Laura lucía elegante vestido blanco, en sus cabellos la casta flor del naranjo, por todas joyas un aderezo de brillantes, y en la mano un ramo de flores.

Hubo un instante—uno sólo nada más!—en que desée encontrarme lejos, muy lejos de allí. Rechacé, indignado de mí mismo, ese mal pensamiento á la vista de mi novia.

¡Qué seductora, estaba ligeramente pálida por la emoción que experimentara al dar el primer paso en la nueva etapa de su vida! ¡Qué vivos destellos despedían sus divinos azules ojos, electrizados con la luz de nuestro cielo!

¡Qué graciosamente ondulaba la línea de la belleza en sus esculturales formas!

Concluida la ceremonia regresamos á la casa donde se sirvió un almuerzo; después de recibir plácemes más ó menos cordiales, partimos con dirección á la quinta, en donde pasamos los primeros días de la luna de miel.

Aquel día parecióme que los pájaros modulaban nuevas y dulcísimas canciones para darnos la bienvenida; que el aire primaveral extraía de las flores esencias más puras para ser aspiradas por mi angelical Laura, y que los naranjos, cargados de azahares, se habían vestido especialmente de gala para recibir á la gentil desposada.

Mas, tente pluma! no entres en pormenores, no vayan estas líneas á parar á manos de alguien que las dé á la publicidad. Por si se extraviasen, termino este párrafo diciendo, que aquel memorable día radiaban en mi alma más soles que en el firmamento.

\* \* \*

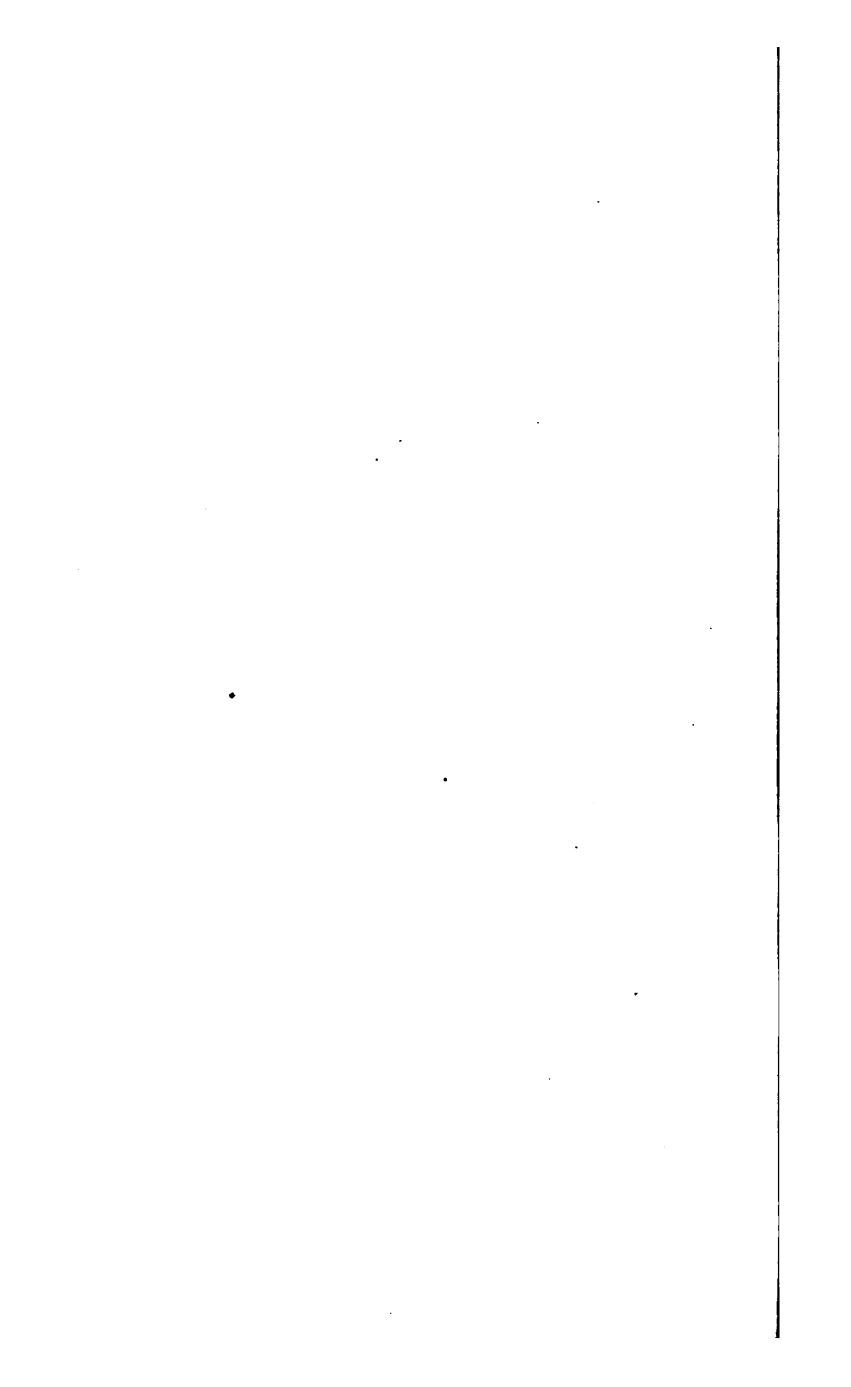
Después ¿qué sucedió? Transcurrido algún tiempo, cuando satisface los deseos de mi madre y míos, se operó en mí la reacción: en mi hogar gozaba de una paz octaviana, pero fuera, oh! los que no me conocían á fondo, *sotto voce* murmuraban que había renegado de mis antiguas ideas políticas, no sabían que en mí era convicción profundamente arraigada el culto de la

democracia—y mi antipatía por la aristocracia,—la cual hubo de perder todo su terreno y de huir en tren expreso, debilísima para contener los embates de otra sociedad nueva, cuyo único título nobiliario es el del corazón generoso y bueno.

Ya algunos de mis correligionarios mirábanme con recelo y desconfianza; observé el horizonte de mi porvenir político preñado de nubes tempestuosas; presentí que mi carrera estaba para siempre truncada y que políticamente había muerto á manos del Amor.

Y como Lamartine, entonces derramé una ardiente lágrima ante el féretro de mi ideal.





## EL REPÓRTER.

Á J. RÓMULO ALFARO

El repórter es, sin disputa, indispensable en un periódico diario. Suprímase á este obrero del periodismo y la hoja impresa languidece y muere, como sucumben las plantas si se les niega el riego que las vivifica y nutre; así el gacetillero, cuando es bueno, es la palanca que mueve y despierta el interés del público para quien escribe, con sus notas, á las que debe dar la mayor amenidad é intención posibles.

En países como el nuestro, cuya vida ordinariamente es tan regular, tan monótona, raras veces ocurren sucesos de sensación y tiene que buscar material, para satisfacer la insaciable voracidad de los lectores, con la linterna de Diógenes, ponemos por caso, si no inventarlos, siempre que no perjudiquen á prójimo alguno.

Sin poderlo remediar se ve en la necesidad de salir, con el ojo avisador y con el *carnet* listo á fin de anotar lo que ocurra, averiguando lo que pasa —sin que pase nada— á no ser ingenieros sin título que miden las calles, buscando el modo de resolver el difícilísimo problema de vivir sin trabajar, tomando lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

\* \* \*

En su calvario suele encontrarse con algún amigo que lo saluda con las mentiras convencionales—de que habla Nordaux—y distraídamente, como quien no quiere la cosa, le pide órdenes para sus “posesiones,” á donde se marcha al siguiente día.

Y acaso las *posesiones* del amigo consisten en algunas manzanas sembradas de maíz y en una mala casa que edificó para no entregarse en brazos de Morfeo á la intemperie.

¡Qué dirán en el extranjero si al acaudalado propietario no se le desea buen viaje en el periódico!

Otras veces es un seductor que galantea á encopetadas señoritas, y de preferencia á *fregonas*, vestido á la última, con brillantes en corbata y mano. De seguro, dado el *dolce far niente* en que vive, lo debe todo al sastre y al joyero. Directa y francamente avísale su inmediato viaje á cualquiera República, donde contraerá, según dice, matrimonio con una lindísima morena.

No hay tal partida; el móvil de la demanda gacetillera es ver si por medio de un “personal” consigue que la dama por quien penando muere, le corresponda el amoroso anhelo.

Si el degenerado *Lovelace* obtiene lo que quiere, inconscientemente, con ponerle su nombre en letras de molde se le hace un daño; aquel iniciado idilio, puede convertirse en tragedia y acabar en mal, es decir, en un suicidio (matrimonio).



En ocasiones un *burócrata*—pillo como hay muchos—está en acecho de un repórter; al saludarlo dale afectuosas palmadas en el hombro, le habla de lugares comunes, del próspero estado de sus negocios, se pone á su disposición, y á la postre concluye sorprendiendo su buena fe: le da una falsa noticia bursátil; bajan los valores en el mercado y él se aprovecha de ella comprándolos baratos.

Desculiertó el dolo rectiffcase lo inexacto cuando quizás ya es tarde; el *desinteresado* noticiero aumenta su peculio con el dinero de la gente sencilla que, guiándose de impresiones momentáneas y temerosa de que la baja continúe, vende sus acciones ó bonos, con pérdidas de consideración.

No mencionamos á los que amablemente ahoran al cronista las molestias de hacer € suelto: esas especies de animales son raros, pero los hay: entes que tienen u cerebro vacío y se ponen pando con los *auto-bombos*.

Cómicamente amargo es que se enfaden los favorecidos cuando se les elogia, pero acontee á menudo entre los escritores y artistas: si el gacetillero empuña el bofo y los platillos en su loor, se encolerian, hasta cierto punto, pareciéndole poco con relación á la entusiástica é interminable sinfonía bombástica que creen merecer.

Más va; pues, escribir censurándolos, á fin de que al subírseles la mostaza á las narices tengan razón.

A este propósito recordamos un sucedido histórico, y ya que no tenemos *mó-nises* que contar, séanos permitido relatarlo.

Un individuo que durante su vida hizo á la humanidad el mayor mal posible y absolutamente ningún bien, á no ser morirle, antes de entrar en agonía, dijo:

—Abrigo la esperanza de no tener un sólo enemigo.

—¿Por qué?—preguntóle uno—no hay persona de valía que crezca de ellos; por tanto, usted debe tener algunos.

—Es muy sencillo—replió—nunca hice favores de ningún género.

.....

Es curioso, y acaece con frecuencia, que el público y los amigos del repórter lo culpen de acciones periodísticas que no ha realizado. Que alguien con su lengua viperina calumnie á uno no tiene nada de nuevo. Así es el mundo! Pero que aquel á quien de antaño es probado tenerle cariño, le crea, eso no queremos comentarlo: la consecuencia tiene que ser moralmente dolorosa.

Casos son estos que si no han sucedido, pueden suceder. Halamos en general; excusado parecer agregar que no hacemos alusiones personales, pero como hay linceos con cuya mirada quieren ver lo que no se ve, (la intención), bueno es añadir algo más á este respecto. Siempre evitaremos, decía

*Figaro* (y lo repetimos por estar de acuerdo con el inmortal satírico), toda alusión personal, toda invasión en la vida privada, toda cuestión ajena al decoro del escritor público y de buenas costumbres.

\* \* \*

El repórter—lo ha dicho alguien— eleva, tengan ó no méritos, á los demás: éstos al llegar á la deseada y no siempre merecida meta, se olvidan del que los ayudó eficazmente á escalarla.





## BLANCA

AL LIC. D. ANTONIO BATRES

Terminada la comida, los comensales saboreaban con delectación de sibaritas el aromoso *caracolillo*; contaban los sucesos escandalosos de la semana, con risas ligeras y con reticencias calculadas. A propósito de la cuestión económica, que fué comentada por alguien, la bella señora de la casa, refirió lo que sigue:

Hace pocos días mi marido deploraba la quiebra de un industrial á quien la crisis hizo suspender sus pagos, dejando en la calle á muchos obreros. De palabra y en los periódicos se habló de este asunto y de la carestía del pan, originada por causas que ustedes conocen.

Interrumpióse el relato por la llegada de la pequeña Blanca, que solicitó de su madre la explicación de los grabados en color de un periódico. Satisfecha la curiosidad de la niña, fuese á continuar su recreo y la dama prosiguió:

Mi Blanca,—y al nombrarla acariciaba tiernamente con la mirada á la atrayente morena—es de temperamento esencialmente nervioso y delicado; alma sensible á todos los sufrimientos, no puede ver sin conmoverse las miserias humanas y siempre viene á pedirme algo con que pueda cumplir la meritísima

obra de misericordia que manda dar de comer al hambriento.

Impresionada por la conversación que acerca de la pobreza reinante tuve con mi marido, llevéla á reposar de las faenas del día; la hice rezar de rodillas las oraciones de la noche y con la serena tranquilidad de la inocencia elevó sus preces al Señor.

Aunque al auditorio poco le interesara el asunto, permanecía escuchando con suma atención á la garrida dama. Quizás lo adivinó ésta, porque sonriéndose dijo:

—Talvez fastidie á ustedes mi charla y la abreviaré.

—De ningún modo, dijo uno.

—Es interesante y muy simpática la narradora, profirió otro.

Dejamos á Blanca—añadió la dama—orando; le tocó turno á la oración dominical: al llegar á aquello de “el pan nuestro de cada día, dánosle hoy,” ella interrumpió el rezo y con infantil candor, echándome los brazos al cuello, díjome:

—Mamá: ¿Por qué no le pedimos á Dios que nos dé el pan más barato?

.....

Dulcemente emocionada, la dama concluyó:

Mentiría á ustedes si les dijese que la hice continuar: no pude contenerme más y me la comí á besos.

## MI PLUMA Y YO

---

Al inteligente artista  
DON ERNESTO MATHEU W.

---

Una noche en que hallábame entregado en cuerpo y alma al placer más grato é intenso de la vida, sentí que alguien me llamó; y con voz armoniosa y suave como una caricia, afectuosamente me decía:

— Ven á mí, estréchame con el cariño con que solías hacerlo en los primeros tiempos de nuestra amistad; yo en todas tus situaciones, prósperas ó desgraciadas, no he permanecido sorda á tus llamamientos, he sido tu fiel compañera y me relegas al olvido.

— Quién eres?

— Soy tu pluma.

— Perdón amiga mía muy querida; negros dolores laceraron el alma que en tí puse: solícita y amorosamente trataste de aliviarlos, consiguiéndolo algunas veces. Agradezco el cordial interés que te inspiro; pero como dice el ilustre autor de *Yo y el Plagiario Clarín*: me vas ganando un desencanto irresistible, y en verdad, sin ficción retórica, tengo vivos deseos de mandarte noramala.

— No será porque te haya dado motivo; si el oficio te produjo, á cambio de unas monedas y de elogios de los alentadores de tu producción, más

amarguras que placeres, tuya es la culpa, porque no has seguido los consejos de la experiencia; y aproximándose la pascua, voy á darte, de aguinardo, uno que te aprovechará; mas antes quiero hablar contigo.

—Habla lo quieras.

—¿Qué me dices de Navidad?

—Qué quieres que se me ocurra de nuevo ú original, después de lo mucho y bien que han discurrido acerca de este simpático tema tantísimos escritores de mérito?

—Ya que tú no estás dispuesto á disertar, invertiremos los papeles: seré yo quien te refiera lo que tú no sabes ó no deseas expresar.

—Perfectamente, me agrada el cambio; la vida es una inversa de la muerte.

—Noche Buena, en los venturosos países en que aun arde sin consumirse el fuego de la creencia, es un día memorable: sus habitantes, en alas de la ilusión, imagínanse verlo todo renovado; los Escandinavos transigen sus pleitos y perdonan á sus enemigos.

—Pues en las regiones tropicales, si los litigantes quieren transigir, ciertos abogados se oponen, porque concluyéndose las ricas minas que con habilidad explotan, dejarían de lucrar y prolongan el fin de los juicios; en cuanto á lo otro—salvo contados casos—son generosos en verdad: los particulares perdonan á sus epemigos, siguiendo á Heine, pero después de ahorcarlos;



y como no pueden hacerlo, moralmente los cuelgan en la picota.

— Veo que quieres despuntar de satírico.

— Pura y simplemente te digo lo que pienso.

— En la atmósfera de hipocresía que asfixia á la sociedad, es locura ser sincero; piensa lo que dices, pero nunca digas lo que piensas porque lloverán sobre tí maldiciones; llama generoso al avaro; honorables á los muchos ladrones que encuentras diariamente en tu camino; califica á las personas con las cualidades de que carecen; emplea las mentiras convencionales y alcanzarás tu lote de dicha en la tierra.

— Y para decirme eso me has llamado, cuando tengo que hacer?

— No te vayas; aún no he concluido: la gente ignorante de Inglaterra se figura que realmente el ganado se postra de rodillas la noche del 24 á las doce en punto y que el agua se convierte en vino.

— ¡Cómo la diferencia de latitudes cambia las cosas! Aquí y en muchas otras partes, los hombres también se arrodillan, no ante el grandioso cuadro que hace 1900 años se presentó en el humilde pesebre de Belem, sino ante el vellocino de oro: los modernos Argonautas viven ideando su conquista, á cuya asecuración ponen todos los medios, no importándoles que los despreciados de "La Diosa Loca" queden en la miseria.

En cuanto á la conversión del agua en vino, es un *milagro* que invertido vemos con frecuencia en algunas bodegas de los mercaderes.

—No me interrumpas y prosigo: esta noche la gente menuda, con el gozo pintado en la cara, duerme sonriente, esperando que al romper el alba, cuando el Niño Dios pase rozándolos con sus nveas alas, les dejará algún regalo en reciprocidad de los presentes que le hicieron los Magos á nombre de la humanidad entera.

Y hoy los que llevan como el famoso Espartano, la zorra del excepticismo royéndoles las entrañas, aparentan ser dichosos y pasan la noche divirtiéndose de cualquier modo; aquellos que felizmente creen en el sublime drama que el 24 de diciembre se iniciara, también se distraen, no sin volver los ojos del alma hacia una estrella que desde entonces está iluminando con sus resplandores al género humano.

—De acuerdo; pero noto que tu parla es música celestial; mucha paja y poca miga; disponfame á salir, cuando me prometiste el aguinaldo. ¿Sigues tú el sistema de los que deben, no pagan y aseguran que no adeudan nada?

—Acostumbro cumplir lo prometido y te dejo mi regalo: ya que la afición á escribir parece ser en tí una segunda naturaleza, no te apartes de ella: sigue cultivando las hermosas y corrientes letras. . . . de cambio; tendrás consideraciones, dinero y propiedades campestres en donde halles pájaros y flores, deliciosos aromas, panoramas bellísimos, aire oxigenado y puras alegrías.

## EL PRIMER AMOR

---

Al conocido escritor Licenciado  
don F. CONTRERAS B.

---

La historia de un corazón, viene en apoyo de la tesis que he venido sosteniendo: el primer amor es el que deja señal más duradera en el espíritu: los demás son como hermosos relámpagos que, rasgando la monotonía del firmamento, desaparecen después de haber mostrado su luminosa estela.

Visitando la casa de Orates en Bogotá, me interesó vivamente la fisonomía de un loco, á través de cuyas facciones, profundamente alteradas, reconocí á un amigo al cual desde la infancia no volví á ver.

El pobre Alberto era joven, y viejo parecía por su faz pálidamente demacrada. Los apagados y tristes ojos, imagen de los sufrimientos de su alma, fijábalos en un punto en que concentraba su aterción; ostentaba su muy ancha frente profundo surco del pensamiento que, acaso ocupábale el cerebro, sumergido en la pavorosa noche de la inteligencia.

Modesta era la celda del inválido cerebral, simpática su figura y limpia su indumentaria, que en esa ocasión revelaba cierta coquetería, inusitada en aquel asilo.

— ¿A quién esperas, vestido con tanto esmero? le interrogó le Director.

— A Mariana.

— ¿Cómo sabes que vendrá á verte?

— Porque esta mañana la prisión lúgubre en que me guardan por el crimen de haber amado mucho, se inundó de sol: del infinito me vino una inspiración de que hoy tendrí la dicha de oír la voz musical de Mariana y de contemplar su majestuosa figura, que se trasladará del tranquilo lugar donde mora, á este infierno en que me abraso.

Mientras tanto, estoy solo, sin más compañía que el recuerdo de su imagen encantadora, resucitando lentamente épocas pasadas en las cuales mis ilusiones, mariposas azules, aun no habían emprendido el vuelo.

A menudo, cuando paso las noches en vela, mi vecino y compañero de infortunio goza con herirme en lo más íntimo y sensible, diciéndome que Mariana no es mía. ¿Por qué no, si el invariable anhelo de mi vida eso era? Culpa mía no fue si al quererlo, el Destino con irresistible empuje me desvió lejos, muy lejos de mi tierra prometida.

En seguida, señalándonos un papel de grandes dimensiones que sobre la mesa tenía, con creciente animación prosiguió: pocos instantes más puedo dedicarles, porque estoy ocupadísimo trazando el plano de una no imaginada construcción: es un nuevo paraíso que Mariana merece habitar por sus excelentes merecimientos. No? Pues ustedes

no entienden de estética si no admiran su divina cara, sus formas de Venus griega, que ningún buril modelará, y su boca, cuyos labios cualquiera diría que, al besarlos, habrían dejado impreso su color los claveles rojos.

Donde quiera que Mariana va, y esto por sus virtudes y hechizos tiene natural explicación, es el imán de todas las miradas, al límpido espejo donde se reflejan todos los atractivos del cielo y de la tierra.

—¿Desde cuando no la ves?

—Desde el día en que sentí abrírseme el cráneo en dos pedazos y en que oí dentro de mi corazón tocar á muerto; pero hoy que ella viene, figúrense ustedes con qué inefable alegría la recibiré.

Los días en que no viene, en sueños la miro pasar y páreceme que allá, en apartado rincón, mi alma silenciosa y reverentemente se arrodilla ante belleza tan peregrina.

\* \* \*

Al salir de la celda de Alberto, dolorosamente impresionado, comprendí el inmenso poder de una pasión.

—¿Cuál fue el origen de su locura? pregunté al alienista, rebotando de curiosidad.

—Parece ser, por los datos recogidos, que entre sus antecesores hubo algunos dementes; el atavismo y las no interrumpidas lecturas fueron las causas eficientes de su enajenación mental.

Explotó al regresar de su larga ausencia y encontrar casada á Mariana.

Fué su único amor y en ella había acumulado, gota á gota, los raudales de su cariño, ya que el desventurado no tuvo familia á quien querer, pues, como usted sabe, fué hijo único y en los albores de su existencia, uno después de otro, perdió á los que el sér le dieran.

\* \* \*

Diez años después me encontré en el Parque Bolívar, de San Salvador, con una persona que me llamó; no me imaginaba quién pudiese ser.

—¿Tantas mutaciones han impreso en mi rostro los años y los sinsabores de la vida, que no me reconoces? Soy Alberto, profirió.

—Querido amigo mío!— le contesté estrechándolo en cariñoso abrazo.

Era él, ya salvado del naufragio de su razón.

Camino de su casa, sin poderlo remediar, surgió ante mí, como si de nuevo la estuviese presenciando, la escena de la casa de Orates; pero mi lengua fue discreta.

En su cuarto charlamos alegremente como si nada desagradable le hubiese pasado. Nos interrumpió un mensajero del correo llevando una carta con sello de Colombia.

— Me permites? dijo muy emocionado.

— Eres muy dueño.

Devoró la carta ansiosamente y con expresión de delicia en la cara:

—¿Te acuerdas de Mariana?

—Sí.

—Casó en tristísimas circunstancias para mí—añadió—que aún el relatarlas apena y contrista mi alma. Enfermo durante dos años, al salir del manicomio, voluntariamente emigré de mi patria y arribé á esta república en la cual, sin la ambición del dinero y sólo por borrar amarguísimos recuerdos, trabajé con sin igual constancia, pero no logré desterrarlos, porque siempre los llevo conmigo.

En esta carta recibo la buena nueva, —que Dios me perdone este mal pensamiento en gracia de la dama que sin desearlo, me lo inspira,—que Mariana hace tres meses es viuda. Liquidaré mis negocios y en seguida me iré á la hermosa tierra bogotana.

\* \* \*

Con voz triste, sugerida quizá por el relato, el narrador concluyó:

Y se fue con el alma henchida de alegres esperanzas; mas la aciaga suerte no le concedió llegar á su tierra prometida, porque en Panamá cesó de vivir.

¡Ah! la vida tiene crueles ironías!



\_\_\_\_\_

2

\_\_\_\_\_



## DESVANECIDA ILUSIÓN

---

Era la hora del champaña, es decir, de las confidencias de secretos á voces. Las lenguas sin su excelente guardiana, la prudencia, agitábanse en incesante movimiento.

Se referían vidas galantes con pormenores que escandalizarían á otros que, como aquellos alegres jóvenes, no viesen el mundo á través de lentes ahumadas por el alcohol.

Unos hablaban de aventuras reales y otros de imaginarias; la nota amorosa, producida por las vibraciones del licor, emitía tonos inauditos por la franqueza con que charlaba "la loca de la casa" en la libérrima celda del cerebro.

Aquellos cirujanos del amor hacían con más ó menos destreza, raras autopsias, bien provistos de instrumentos afilados por excesiva práctica.

Todos pagaron su escote de palique menos Luis que, no obstante de acompañar siempre á sus colegas en todas las sergas, no galanteaba, y no compraba el amor "hecho."

Era él acaso una ave errante, sin caliente nido donde refugiarse en los días negros y tempestuosos.

Cuando el estrépito de los vasos y botellas hubo disminuido, alguien quiso sondear las profundidades del alma de

Luis: se propuso que disertara acerca del eterno femenino; que declarase el nombre de la dichosa beldad por quien penando vivía.

¡Que hable Luis! . . .

Y Luis, á quien la ola del champaña subió al cerebro "deshaciéndose en espuma de recuerdos," indiscreto ya por la borrachera, habló:

— Desean ustedes saber ¿quién es la cristiana por cuyo amor vivo pereciendo? Pues no existe.

— Y ¿Amparo? (repuso otro).

— Comencé á cortejarla; algún tiempo estuve preso en la red de sus bellísimas pestañas; mirábala queriendo leer en sus ojos azules los secretos de su alma pura.

Ferviente y sincero adorador de la curva rotunda, contemplaba sus opulentas caderas que "al andar entonan un himno mudo de irresistible sensualismo." Quise probar de sus labios el dulcísimo néctar y preparé el terreno con la calma que un experto general traza el plano del último y decisivo combate.

Una vez. . . en cierto baile, á que ustedes concurren, llegó ella bellísima y atrayente como de costumbre; recogió al pasar el callado y elocuente tributo que todos los hombres rinden á la belleza.

Y encontrándome próximo á ella la saludé; me apuntó una pieza en su *carnet*; pero al llegar á reclamársela:

—Estoy muy cansada, conversemos mejor (contestó), echándome una mirada que me partió el alma en dos pedazos.

Inicié la parla; disponíame á expresarle que mi corazón ardía por ella, cuando me llamó la atención acerca de una garrida dama que pasaba bailando ante nosotros. . . .

¡Ténganme ustedes lástima!

Más habría querido que no abriera aquel nido de besos, porque olfa. . . . y no á rosas!

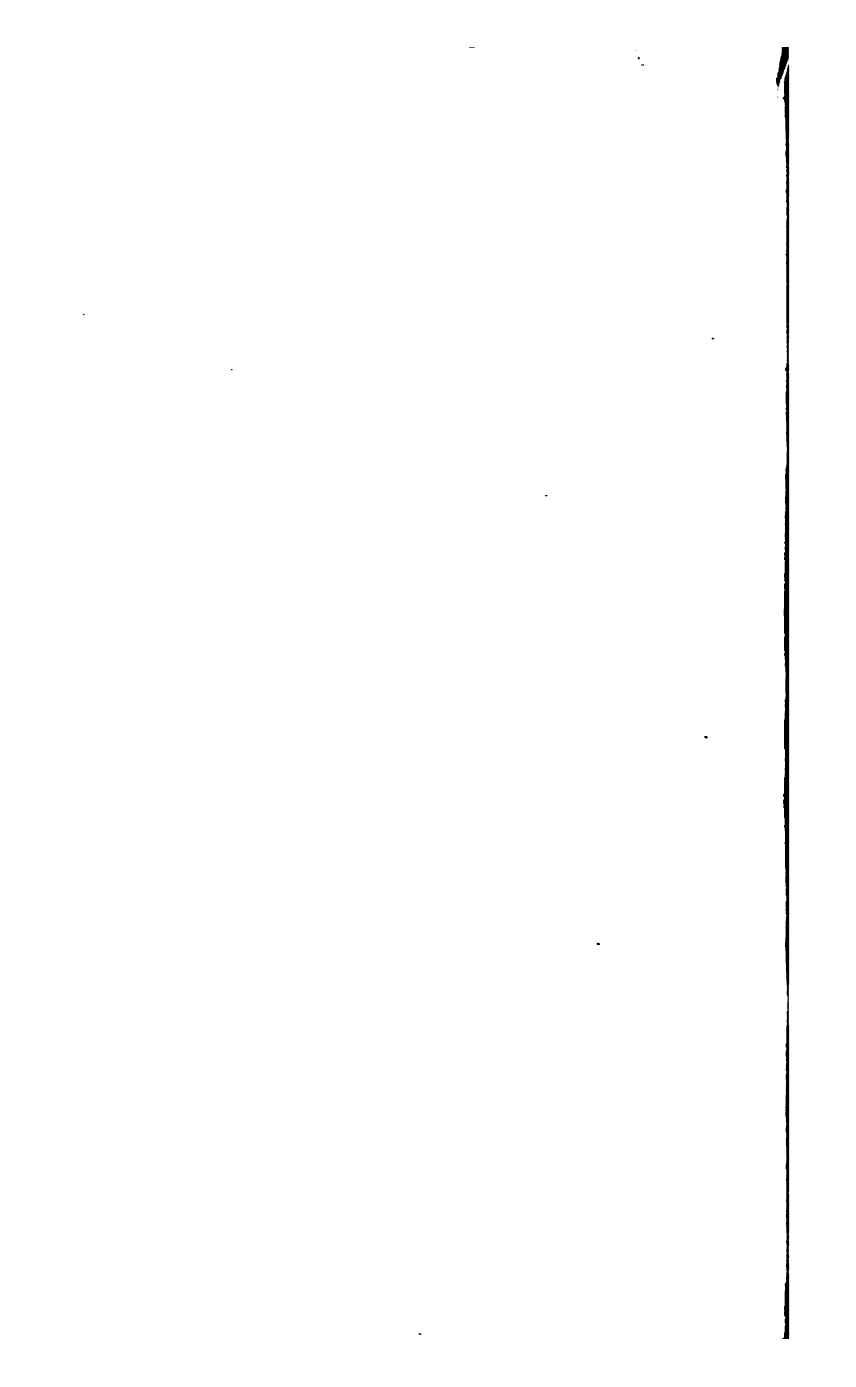
Una ducha helada, caliente como estaba en ese momento, no me habría causado tan desastrosas consecuencias, porque perdí para siempre aquella ilusión, tan íntima y cordialmente amada.

Después ¿qué hacer? No más que invitarla á que tomase *peppermint* á fin de que mi inmediato compañero fuera más venturoso que yo.

El relator dió paz á su maldiciente lengua.

—Eres terrible en tus apreciaciones sobre la parte más preciada y preciosa del género humano—inclinó uno—; rectifica opinión tan poco lisonjera; trata de ahogar en tí esos gérmenes de lujuria cerebral, porque pararás en una casa de Orates. Para curarte debes tomar. . . .

“Otra copa de champaña” interrumpió Luis, bebiéndosela hasta apurarla.



## LA MARGARITA

---

Monísima la nena, de cabellos de oro y ojos de cielo que apenas pasaría de un lustro, entreteníase una tarde de verano corriendo en pos de su aro, al rededor del kiosko de la Plaza de Armas.

Un caballero, quién presumí fuese su padre, al verla ir y venir de uno á otro punto, libre como la mariposa en el aire, sin *dolores en el cuerpo ni pesares en el alma*, satisfecho—acaso de su obra admirable—sonreía.

Después de mucho correr tras del volante, la linda pequeñuela cometió el crimen de coger, sin previo permiso del cuidador, algunas flores.

Reunióse con su padre y sentándose á su vera le dijo:

—Toma, quiero llevárselas á mamá.

—Bien, hija,— contestó— atándolas con una cinta que extrajo de su bolsillo.

—¿Cómo se llama esta flor blanca que tiene el medio amarjillo?

—Tiene tu mismo nombre: Margarita.

—Y ¿por qué no es blanca, blanca?

Dióle el autor de sus días un ósculo sonoro en la mejilla; y riéndose del infantil candor de su hija, profirió:

—Es un poco largo de contar por qué la margarita es así, y no enteramente blanca.

—Dímelo! dijo con imperio.

— Si te estás quieta y pones cuidado te lo diré.

— Bueno.

— Oyeme pues: cuando nació Jesucristo en el portal de Belem, fueron á adorarle tres reyes, cuyos retratos has visto en los *nacimientos*:

— . . . Que van á caballo, y uno es negro?

— Sí; los *Magos* le ofrecieron oro, incienso y mirra. En el pesebre donde nació, estaban asimismo unos pastores. Como no eran ricos, solamente le llevaron obsequios que carecían de valor.

Uno de ellos era tan pobre y mísero que nada pudo regalarle; iba con las manos vacías para Belén, vió unas florecitas, blancas como el vestido que llevas, cortó algunas y con ellas hizo un ramo.

Al ofrecerlas al Dios infante contempló con admiración no exenta de tristeza, los regalos de los *Magos* y reflexionó que sus margaritas no gustarían tanto como las otras cosas.

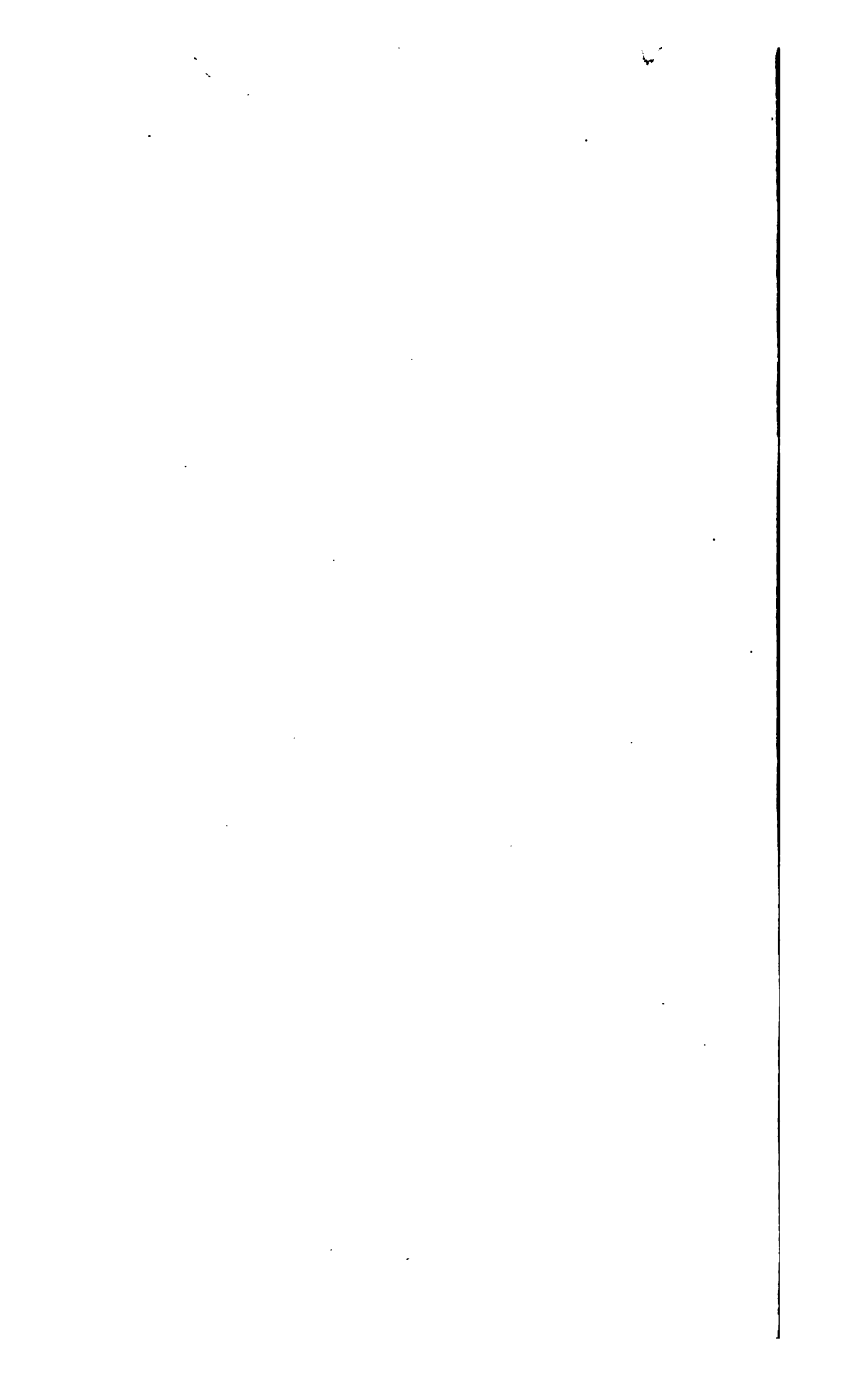
El recién nacido, que era Dios, adivinó el mal pensamiento del guardador de ganado; y para que viese que recibía con igual cariño, así lo del rico como lo del pobre, con tal que se lo diesen de corazón, tomó del ramo una margarita. Al llevarla á sus labios sucedió una cosa rara: el centro quedó amarillo cuando puso un beso en la antes nívea flor.

Ahí tienes explicado, mi querida Margot, por qué la margarita no es, como desearas, blanca, blanca.

\* \* \*

Siguieron padre é hija en su gárrula y para ellos amena charla; ignoro de que trataron, porque abandoné el banco en que fuí de esta escena presencial testigo, no queriendo turbar aquel simpático cuadro de envidiable dicha íntima.







# MARTA

(RELATO DE NAVIDAD)

Al insigne poeta don GASPAR  
NÚÑEZ DE ARCE.

—Mamá: es hoy noche buena?  
—Sí Marta; hoy nació el niño Dios.  
—¿No tienes que darme...? iba á decir de comer, mas un violento golpe de tos le cortó el habla.

Adivinando lo que su hija quería, buscó en la mísera vivienda algo con qué satisfacer la urgente necesidad de su adorable y adorada hija; lo registró todo y sólo halló un jarro con leche.

—Bebe hijita, esto te hará provecho.  
—Y tú?—preguntó ella—antes de llevar el vaso á su fresca y sonrosada boquita para refrescar las ardientes y secas fauces.

—Tómalo tú que bien lo necesitas—profirió—viendo acongojada los rápidos avances que la tísis hacía en la casi moribunda niña.

Esta apuró el precioso líquido con la natural avidez de los febricitantes.

—Tengo frío—agregó la criatura—estremeciéndose al sentir el beso helado del aire que, colándose por los intersticios del desabrigado cuarto, le penetraba hasta los huesos.

—Duérmete—repuso—arropándola lo más y mejor que pudo.

Esta escena pasaba la noche del 24 de diciembre de 189... en una casa de los suburbios de la capital de Guatemala. Recientemente había visitado la muerte aquel hogar, arrebatándoles al que ocupó por entero el corazón de ambas. El era un modesto empleado que contaba, para la lucha de la existencia, con su inteligencia y su honradez intachable. Ella era una seductora rubia que aportó en dote, junto con las flores purísimas de las virtudes, su admirable belleza, de cuya posesión estaba orgulloso el marido.

Mutuamente se agradaron y apesar de la vivísima oposición de la familia, pues, no embargante ser ambos de una misma clase social, el padre de la gentil doncella quería que casara con un rico, ya que para ello tenía suficientes méritos; ella logró al fin que le permitiesen unir su destino con el del hombre que tanto amara.

Los primeros años pasáronlos felizmente: en su medianía, con lo poco que él ganaba y con lo hacendosa y económica que ella era, vivían dichosos, recreándose en las nacientes gracias de su primogénita. ¿Y después? reflexionaba con honda é infinita melancolía.... Después, como si la suerte quisiera hacerlos sentir su felicidad perdida, vinieron las penas que trae consigo la escasez de dinero; él trabajaba durante el día en el Correo, servía por la noche de Tenedor de Libros á un burócrata y así pudo rodear á su

mujer de las comodidades que anhelara y merecía.

A consecuencia de la excesiva labor, que á soportar no alcanzó su constitución, pereció llevando el alma llena de pesares y desengaños, que en su camino encontró la mala fe y el egoísmo en gran parte de la especie humana. Al abandonar á su mujer é hija, les dejó por toda herencia un nombre limpio como el cristal.

Buscando la solución al penoso problema de vivir, la madre quiso trabajar; no tenía conocimientos sólidos y variados; sin embargo, trató de *coser para fuera* y de confeccionar dulces; ganaba algún dinero, es verdad; pero no bastaba á cubrir sus sencillas necesidades.

Con fruición voluptuosamente amarga hacía las reminiscencias anteriores, que resumió en pocas líneas: el pasado un relámpago de dicha y el presente una sucesión no interrumpida de tormentas sombrías.

\* \* \*

Que se encontraban en la miseria no necesitaban expresarlo, lo revelaban sus raídos y viejos pero limpios vestidos y sus muebles, que por estar de sobra ahí donde escaseaba el dinero, hubieron de irse á una *filantrópica* casa.... de préstamos; el menaje redujose á una cama, una mesa y dos sillas de nogal. Que se habían nutrido poco y mal, lo

pregonaban sus escuálidos semblantes, reveladores de una espantosa miseria fisiológica.

—Dí mamá—dijo Marta—que despertó por las aguardentosas voces de unos beodos que pasaron destrozando unas coplas;—dime ¿no vamos hoy á ver algún *Arbol de Navidad*? Esta noche no me pondrá Dios juguetes como otros años, al pie de mi cama?

—Sí, mi alma; El te dará todo lo que quieras, porque cariñoso atiende los ruegos de las niñas como tú—contestó—haciendo esfuerzos por reprimir las lágrimas que, resbalando por sus mejillas, aumentaron la amargura de aquella nota lúgubre, en medio del triunfal hosanna con que era saludado el nacimiento del Mesías por los favoritos de “La Diosa Loca.”

Marta, hallándose en la edad en que todo lo consideramos hacedero, en que las personas y las cosas vémoslas bajo prisma seductor; olvidándose del frío que calaba sus débiles miembros y del hambre que sentía, en el hermoso país del ensueño columbraba un *Arbol de Navidad*, con cuya vista gozaba mucho, mucho.

\* \* \*

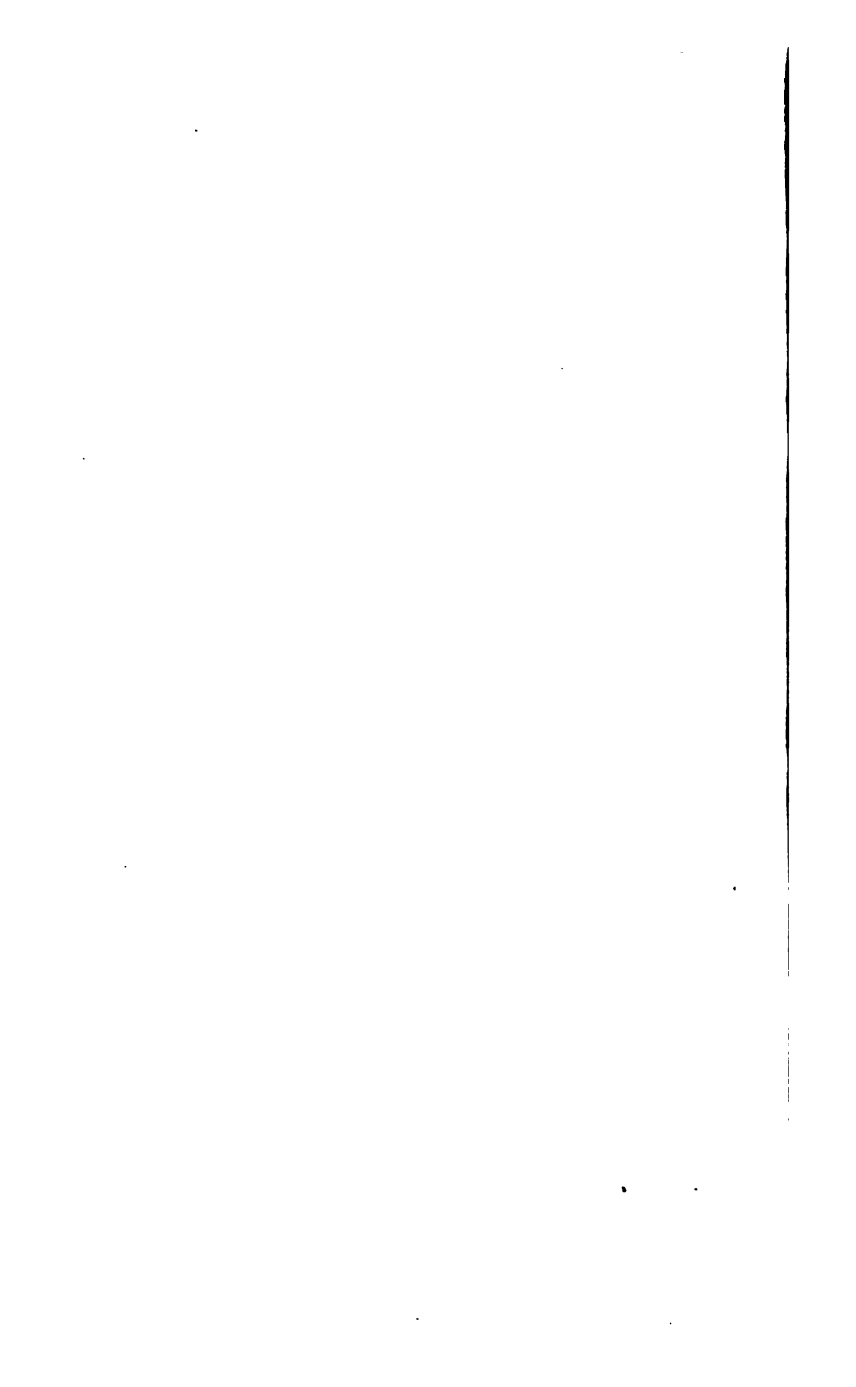
Marta tornó á dormirse.

Su mente debieronla poblar deliciosas visiones porque sonreía. Su madre la acarició, con la mirada solamente, para que no despertase; vencida por el sueño, después de muchas noches de

vigilia, al lado de Marta se acostó, con la esperanza de que Dios le diese la salud de su encantadora hija.

A las pocas horas despertó sobresaltada por una terrible pesadilla que, desgraciadamente, se convirtió en realidad: vió que un ángel, sin hacer caso de sus lamentos, volaba, volaba llevándose á Marta, á quien sostenía con el brazo izquierdo y con la diestra mano señalaba á la angustiadísimá mujer un puerto á donde llegan únicamente los buenos: el cielo!





## INÚTIL CONSEJO

Al Maestro don N. BOLET PERAZA

A mediados del siglo XVIII en un convento de la Antigua Guatemala, cuyo nombre yace olvidado en el archivo de nuestros recuerdos, se encontraba á las puertas de la muerte un lego que vivía gozando con la cruel delicia de hablar mal de los demás, aunque obrasen conforme á la sana moral.

Siguiendo la costumbre establecida, el Padre Guardián, acompañado de algunos frailes, fué á la celda del enfermo.

El lego, en medio de agudísimos sufrimientos que no son para descritos sino para sentidos, con vehemencia pedía al cielo el perdón de sus pecados.

Suspendida momentáneamente su dolencia, sonrió y bromeó con sus colegas. Animáronlo éstos á que sufriera resignado su enfermedad y lo exhortaron á que se abstuviese de ponerlos cual no digan dueñas. Acaso así, asegurábanle, sanaría.

El Padre Guardián, con paternal solicitud, inquirió si deseaba algo.

—Una cosa deseo.

—Y ¿cuál es hijo mío?

—Vivir.

—Desgraciadamente no está en mis manos concedértelo. Acátemos, humildes, los altos designios del Altísimo.

Concluida la visita retiráronse, recomendándole el reposo.

A cada cual que se iba, lo desollaba vivo con su lengua viperina. Un avisado fraile que "por ser calvo se imaginaba no tener pelo de tonto," se quedó de último, para que el paciente no tuviese con quien ponerlo de vuelta y media.

Hermano—le dijo antes de partir— su situación, aunque grave, no es desesperada; quizás pocos días le quedan de vida: antes de que la Parca se le acerque, póngase bien con Dios, arrepiéntase del hábito mal sano que tiene de murmurar en todas las ocasiones de los hombres, apesar de que obren como buenos, mucho más si no conoce de sus acciones el móvil.

Cayeron al lego las anteriores palabras del fraile, como le caerá á un deudor en estos tiempos de crisis, la llegada del *inglés* que espera algo que nunca llega: el dinero que se le debe. Sintió en la lengua vivísimo cosquilleo de contestarle con una desvergüenza; pero reprimió su ímpetu iracundo, limitándose á decirle con humildad fingida:

—Gracias hermano, seguiré su desinteresado y útil consejo.

De la celda salió el consejero, mas se quedó tras de la puerta, deseoso de oír lo que el enfermo parlara.

No tenía con quien garlar el sempiterno murmurador, levantó los ojos hacia un Cristo que, en el madero

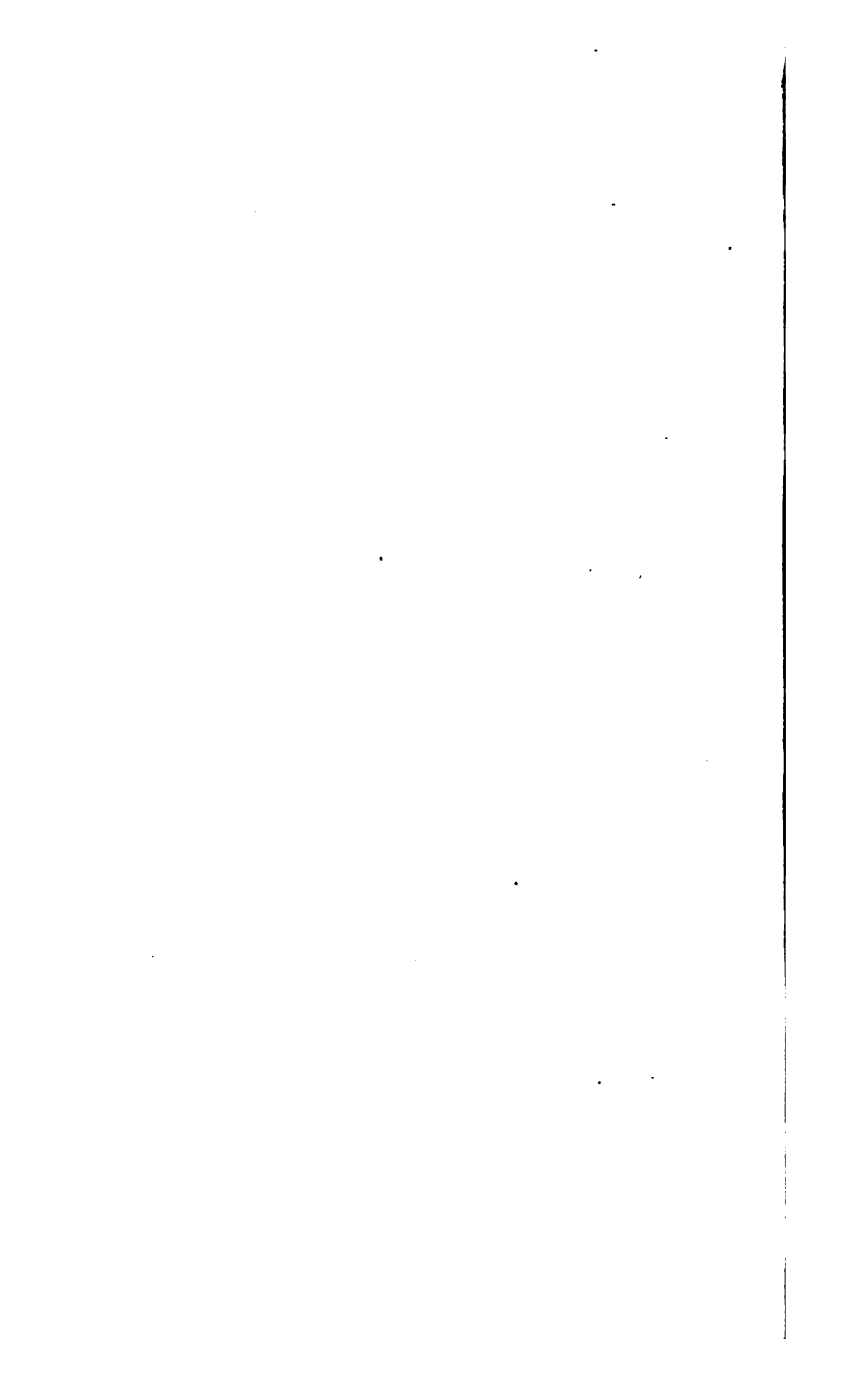


sacrosanto de la cruz, estaba á la vista del paciente, quien apesar del dolor que con más intensidad sintiera, así le apostrofó:

Ay! ay! Dios mío: ¿has visto y escuchado cómo este hermano predica contra la maledicencia y es de todos los de la Comunidad el más murmurador?

... La moraleja del cuento es que, no obstante lo mucho y bien que se ha discurrido y se discurrirá acerca de la eterna cuestión á que hemos aludido, la parte malévola de la humanidad, murmura y seguirá murmurando.





## LO DE SIEMPRE

Al chispeante escritor y poeta  
CASIMIRO PRIET .

En el atrio de la iglesia Metropolitana curiosa multitud contemplaba un desfile nupcial, á juzgar por la hilera de carruajes que allí se encontraban.

La comitiva salió: en primer término los novios; ella no pudo soportar las inquisitoriales miradas del público y bajó los ojos; él parecía estar satisfecho de su conquista.

—No envidio al novio, djome mi amigo Alfonso, porque talvez cuando se queden sólos, surgirá ante él una página amarga de su vida que yo no ignoro.

Un lustro hará que Enrique amó á Emilia—gentil doncella del pueblo—no con aquel amor puro y noble, peculiar de los adolescentes, que los eleva á regiones ideales, sino con una irresistible fiebre de los sentidos.

En un jaleo no pudo contenerse más: enloquecido por el cuerpo bien torneado y tentador de Emilia, por sus ojos garzos, grandes, cubiertos por espesas pestañas—como para amortiguar el intenso brillo de la mirada—por sus labios que semejaban claveles rojos, hizo su declaración amorosa, (yo la oí), con la sencilla elegancia que en la alta clase social siempre le dió éxito lisonjero.

Estuvo tan persuasivo, tan cariñoso y tan maravillosamente fingió sinceridad en sus palabras que, ella turbada, con las mejillas (aun no besadas por boca impura), cubiertas de grana, si con el lenguaje articulado nada le dijo, con el otro más parlero de sus ojos, claramente le contestó que estaba dispuesta á quererlo.

Y entrególe su corazón con toda la confianza é ingenuidad de su primer amor; soñaba con un paraíso de inacabables venturas; se imaginaba, en su sencillez, que Enrique, no embargante su distinguida posición en lo que se ha convenido en llamar la "buena sociedad," la quería con el purísimo afecto que ella le tributaba desde el fondo de su alma.

Pero él, buzo experimentado en los mares del amor, vió su corazón transparente, comprendió que estaba ansiosa de amar y se propuso sacar ventajoso partido de la situación, explotándola con paciencia y maña.

La pasión fué haciendo en ambos rápidos progresos: él llevábala poco á poco por la pendiente del abismo al cual aspiraba conducirla: ella resistíase á caminar, porque no veía la necesidad de que hubiera lo que presentía para que ambos fuesen dichosos.

Bastábale verlo, oír sus palabras vibrantes de ternura, para que su imaginación quedase vagando dulcemente por las regiones del ensueño; hacía sinceros, fervientes votos porque aquel

bello idilio durara eternamente y elevaba á San Expedito fervorosas plegarias.

En otra serga, enervada por la luz, el alcohol, y más que todo, por las frases de Enrique, para ella rebosantes de atractivo, le entregó lo que una vez perdido no se recobra: él sintiéndose arder en . . . inspiración, tomó su pluma, mojóla en el tintero y en colaboración escribieron, con indelebles caracteres, el primer canto del eterno poema.

El continuó visitando á su musa todos los días; ella no reparaba en que sus protestas de cariño inextinguible eran fingidas y que sólo trataba de prolongar su ilusión, que velozmente iba esfumándose.

Cuando apareció el volúmen, él proveyó á la pobre huérfana de todo lo que había menester para que no fuese tan mal recibido el libro y salió hermoso, porque tenía toda la gracia, gentileza y el bello estilo de sus autores.

Emilia, arrojada del seno de las que en su orfandad la recogieran por haberse dedicado á labores . . . literarias, tuvo que mudarse á otra casa en distinto barrio. Enrique la puso modesta, pero aseada vivienda á la que, menos veces que al principio, iba á verla, queriendo aparentar que aún no la había abandonado en la lóbrega caverna del olvido.

Al año, sea porque ya no quisiese á Emilia, ó porque se avergonzara de ser *antor*, fraguó la vil calumnia de que

ella escribía, ora con él, ora con otros literatos, le retiró la pensión que le pasaba y una noche se despidió para no volver.

Cuando se emitió una ley amparando la desvalida propiedad de Emilia, desechó al principio las indicaciones de alguno que, condolido de la angustiosa suerte de la infeliz mujer, la aconsejó que reclamase contra el autor responsable de su desgracia.

Aún amaba al hombre que de manera tan lamentable la había damnificado; pero vencida por la necesidad de que su . . . libro fuese lo que debía ser, esto es, reconocido por su legítimo autor, inició el juicio, merced á la espontánea oferta de un novel abogado, quien deseoso de gloria, se prometía lucirse en ese litigio, que él haría ruidoso; pero el *libro* desapareció por aquellos días de la vida . . . literaria.

Esta historia me la reveló Emilia cuando servía de lavandera. Después se puso á la venta, con rubor primero, y con descaro más tarde, en el mercado de carne femenina.



# LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO

---

Al notable literato don  
FEDERICO GAMBOA

---

## I.

Allá por los años de 1828, cuando el Ilmo. señor Casaus era arzobispo de Guatemala, vino á esta localidad el Reverendo Padre Houba de origen francés. La mayoría de los guatemaltecos, poco versados en la lengua de Diderot y de Voltaire, lo llamaban Padre *Uva*, no sólo por la causa supradicha, sino porque andaba muy válido el rumor que no bebía . . . en canasto.

En puridad de verdad tal afirmación era gratuita é injusta; el Reverendo era un sacerdote tan modesto, como sabio; tan sencillo en su vida monástica, como caritativo hasta el grado de pedir limosna para los pobres cuando sus recursos se agotaban.

Los menesterosos, cuyas necesidades satisfacía, hablaban de él con respetuoso cariño.

## II.

Era el día en que la iglesia rememora las lágrimas que San Pedro contrito derramó por haber traicionado á su Maestro Divino.

Como anticipadamente anunciárase que el sermón de esa festividad sería predicado por el Rev. Padre Houba, quien era un notable orador, desde temprano comenzó la gente á invadir las amplias y hermosas naves de la Catedral.

Codeándose y empujándose, agrupábase cerca del púlpito, aquella *ola humana*, anhelosa de escuchar la sagrada palabra.

Transcurría el tiempo y las cristianas y cristianos desesperábanse de esperar. Nunca es tarde si la dicha al fin llega, reza el refrán; al fin apareció el Rev. Padre *Uva*: en su marmóreo y demacrado semblante veíanse impresas las huellas del más riguroso ascetismo, y en su pensadora frente los profundos surcos de la meditación. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, cual si quisiera concentrar el pensamiento, dirigióse hacia el púlpito.

El discurso lo comenzó con la usual cita en latín, desarrollando el tema con su peculiar verbosidad, expresando con delicadeza en la dicción, adecuados y hermosos pensamientos en forma seductora.

Los oyentes parecían estar conmovidos: se vió á más de una dama hacer esfuerzos por reprimir lágrimas que abundante é impetuosamente corrían por sus mejillas.

De repente el Reverendo tuvo un *lapsus linguæ*: al referirse á la negra traición del apóstol dijo:



—¡Aguardiente, aguardiente! eran las lágrimas de San Pedro.

El diablo metió la pata haciéndole decir una palabra, impropia de las circunstancias y uel lugar, para destruir los benéficos efectos de la prédica. Se oyó en el auditorio un murmullo de desagrado. A las claras dió señales de su disgusto, de tal manera, que el orador cortó momentáneamente el hilo de la disertación.

No podré decir cómo el Padre Houba, que fué un hombre de mucho tino, pudo cometer ese *quid pro quo*, por la sencilla razón que lo ignoro.

Sólo sé que después de un período á lo Fenelon, lenta y distintamente profirió:

— Agua ardiente, agua ardiente, eran las lágrimas que de los ojos de Pedro brotaron á raudales por haber negado á su Maestro.

Restablecida la tranquilidad concluyó el discurso—una pieza literaria—en paz y en santa calma, como dijo el poeta sevillano.

He aquí la razón por qué la homilía del Padre Uva pasó á la historia y con ella el nombre de su virtuoso autor.

Tal así me lo contaron.



1

1

## MI PRIMER CLIENTE

---

Murmurábase acremente en un corrillo de la actualidad palpitante: habíase descubierto que un Abogado, haciendo mal uso de las dotes que poseía, practicaba á la vista de *urbi et orbe*, un robo en poblado. Censurábase que aun tuviera mucha clientela después de haberse sabido sus combinaciones, hábilmente ejecutadas hasta ese entonces; sólo Ricardo nada dijo y como alguno hiciérale notar, que con su silencio aprobaba tal conducta, refirió lo que sigue:

Cuando tras un breve y elocuente discurso, el Decano me dió entusiastas parabienes por el término de mis estudios profesionales, sentí que un viento de dicha oreaba mi frente; armado de mis conocimientos jurídicos, proponíame ser esforzado paladín del Derecho y defender al débil contra el fuerte, la más noble y santa de todas las causas que existen sobre el haz de la tierra.

Abrí bufete en punto céntrico; en la parte superior de la puerta pendía, sobre fondo negro con letras de oro, mi nombre y la profesión que iba á ejercer; en una manpara opaca, que preservaba el interior de las miradas indiscretas, se leía de un lado: horas de oficina, de 8 á 10 a. m., y de 12 á 4 p. m.; y del otro: Dinero á premio.

—No pienso apartarme en la vida del camino de la probidad; le declaro con franqueza, que me hace usted perder la paciencia porque de antemano le he expresado mi opinión.

Se levantó y mirándome con expresión de profunda lástima:

—¿Cuánto le debo? agregó.

—Como no he accedido á sus deseos, nada le cobraré en efectivo; sólo me permito recomendarle que, si encuentra un letrado poco escrupuloso que se encargue de dirigir el negocio, se sirva decírmelo.

.....

Pasaron dos años; fiel al programa que me tracé, seguí ejerciendo la carrera. Ya me había olvidado de mi primer cliente; un día recibí de él una carta: me decía que, además de no pagar su deuda, consiguió que su acreedor fuese á presidio.

¿De qué medios para alcanzar sus fines se valdría? Lo ignoro y no me interesa saberlo. Lo que me asustó sobre manera, lo que me hizo lanzar una interjección de sorpresa, fue el nombre del jurisconsulto que semejante empresa habría acometido.

¿Saben ustedes quién era?

El que menos me imaginaba: uno que ante la pública opinión pasa por integérrimo, uno cuyo nombre en la sociedad nadie osa pronunciar sin énfato de respetuoso cariño.

... Era—¡oh sangrienta ironía!— un catedrático de filosofía y de moral!

# ÍNDICE

-----

	<u>Pág.</u>
INTROITO CRÍTICO.....	v
CARTA-PRÓLOGO .....	XIX
Labor Perdida.....	1
La Madre.....	11
Amor Fugitivo .....	13
El Repórter.....	21
Blanca .....	27
Mi Pluma y Yo.....	29
El Primer Amor.....	33
Desvanecida Ilusión.....	39
La Margarita.....	43
Marta.....	47
Inútil Consejo.....	53
Lo de Siempre.....	57
Las Lágrimas de San Pedro.....	61
Mi Primer Cliente.....	65

